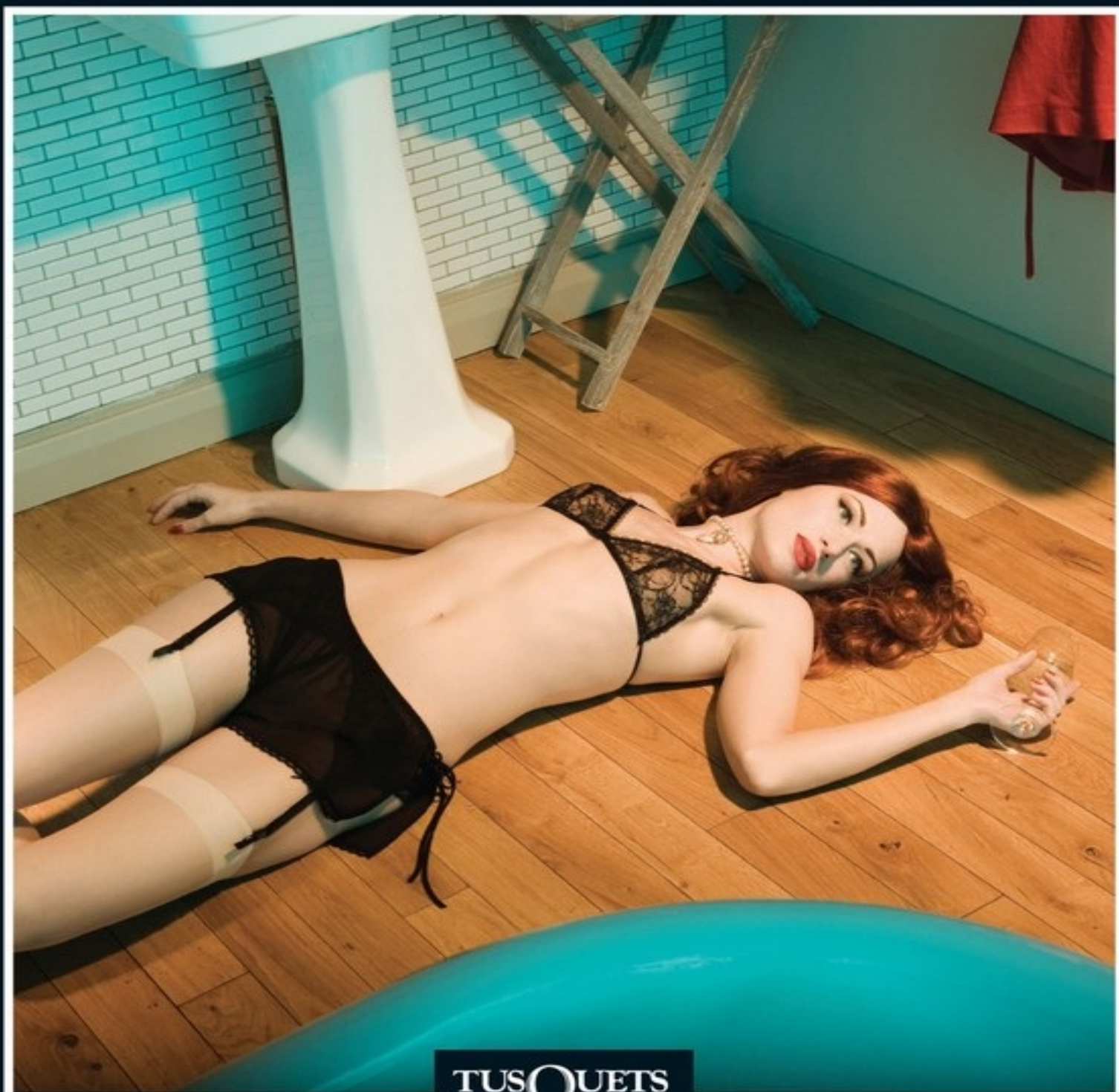


Élmer Mendoza

FIRMADO CON UN KLÍNEX

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ÉLMER MENDOZA
FIRMADO CON UN KLÍNEX

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Rompecabezas

Si te vas a enamorar que sea de alguien así

Firmado con un klínex

Cuerpo

Postal para Diego Luna

Gard

La casa de las sirenas

Plop

Regalo de cumpleaños (Gran desierto de Altar, Sonora, México)

Ytsé

La secta de Gutenberg

Fiesta

La decisión

Acerca del autor

Créditos

Para Leonor

Acaso pueda ser una palabra nueva algún día.

Enrique Silva

Rompecabezas

Arquitectos. ¿Quién dijo que había quedado embarazada en su primer minuto de casada? De mi gente nadie, debe haber sido alguna de tus amigotas. El municipio les había encargado el proyecto de su vida y se hallaban en la recta final. Concentraron la mesa de centro, el sofá y varias piezas menores en una esquina para habilitar la sala y trabajar en casa. Está nerviosa, pensó Tierra, y prefirió no responder. Anotó ciertos datos sobre la estructura del edificio principal silbando una balada fresca. Se oyeron ocho campanadas de una iglesia cercana cuando eran las nueve. Son unas pirujas y bien que les sigues el rollo, añadió Fuego obstinada en que un jardín colgante le quedara perfecto, justo frente al edificio que su pareja calculaba. Tierra, continuó en silencio, corregía detalles importantes y no quería equivocarse. A bajo volumen: Músorgski.

Dos horas después el trabajo estaba terminado.

No quiero ir a la entrega, anunció Fuego indiferente. Imposible, tu presencia es necesaria. No mames, la maqueta es tan impresionante que dejaremos de existir en cuanto la vean. Tierra la abrazó. Descansemos, mañana lo valoramos, ¿sí? Sólo hazte a la idea de que tienes que estar presente. De acuerdo, pero antes el trago de la noche, bien que nos lo hemos ganado. Hay una botella sin abrir en la cocina. ¿Estás seguro? Se miraron, sonrió con picardía. No me digas que le diste mate. Está a la mitad, no te asustes. Tierra hizo un gesto de reproche pero no emitió palabra. Las paredes pobladas de litografías y dibujos diminutos. Arte contemporáneo.

¿Por qué recordaste ese embarazo vertiginoso? Ah, no sé, se me mezcló con la comida china, ¿te acuerdas cuando comíamos diferente cada día? Qué mal nos fue con la comida búlgara, ¿no? Pero qué tal la hindú. ¿Y la tailandesa? Bebieron. Se encontraban en un rincón sentados en sillas escuchando *blues*. Al

lado la maqueta resplandecía. No hemos vuelto a comer nada noruego. Ni judío. Fuego mojó una mancha de pintura en su brazo, enseguida la talló hasta desvanecerla. Uno lo pasa tan bien con tan poco, ¿no? Esta media botella, por ejemplo. Alta, delgada, de nalgas redondas, fue a la cocina y regresó con medio litro de vodka frío. ¿Y eso? Reposaba entre las lechugas el muy maldito. No nos podemos emborrachar, después de dos meses mañana es el gran día. Ya te dije que no iré, no insistas; si quieres acuéstate, estaré aquí hasta que se acabe el disco. El reloj de la iglesia cercana dio once campanadas, una menos de la hora. Vamos a dormir, también lo merecemos. La tomó de la muñeca con suavidad. Suelta, no soy una de tus putas para que me trates a jalones. Mi amor, tenemos dos años juntos y lo hemos pasado bien, deja de decir tonterías. Pero tienes a tus putas, a mí no me engañas. Se endurecieron sus facciones. Si las tuviera, seríamos otra cosa. No quiero ser otra cosa, sólo me molesta tu desfachatez. Bebió su resto y se sirvió más. Y no me digas mi amor, mientras andes de putaño no quiero que me digas mi amor. Tierra comprendió que poco se podía hacer, ¿discutir a esa hora, en ese estado? Qué flojera. Fuego era una genio pero en los meses recientes perdía fácilmente el control cuando bebía, lo que era cada vez más frecuente.

A punto de dormirse pensó en la campana que sonaría a las seis. Supo quién había quedado embarazada la primera noche de su boda pero Fuego la odiaba. ¿Por qué una chica tan linda amaba la catástrofe? No hay nada más miserable en este mundo que el hombre, decía, sólo las cucarachas y los ratones son más nefastos que nosotros. No merecemos el aire que respiramos, ¿lo consideras cruel? Al contrario: es sumamente revelador; ¿quieres ser famoso? Aparece en la nota roja. A nadie le interesa un camión de pasajeros hasta que cae a un barranco.

Fue cuando escuchó el estrépito. Tú y tus pinches putas, la voz de Fuego se extendió por el departamento. Dejó la cama temiendo encontrar la mesa patas arriba, pero no. Eres un maldito tarado, malamente vivo contigo, no tengo por qué degradarme, idiota, reiteraba la mujer destruyendo la maqueta cuyas pequeñas piezas volaban deshechas por toda la sala. Por favor, detente, ¿qué te pasa? Son dos meses de trabajo tirados al caño. Trabajo, es lo único que te interesa, maldito mediocre. Cálmate mujer, no sigas. Quiso abrazarla pero Fuego esgrimió un cúter. Claro que no pienso seguir, imbécil, pero contigo; jamás debí vivir contigo y voy a ponerle remedio: no me volverás a ver en tu perra vida, y aparta tus leprosas manos de mí si no quieres que te las corte. Lo amenazó, luego

cercenó un par de piezas que quedaban en pie, entre ellas el magnífico jardín colgante. Me largo, ¿oíste, bestia inhumana? Me largo. Está bien, no hay por qué ser melodramáticos, separémonos; sin embargo, el que se marcha soy yo. ¿Tú? Amenazándolo con el cúter. Claro, vas con tus suripantas, que te deben estar extrañando, como si el tamaño no importara; pero nada, chiquito, dije que la que se va soy yo y no intentes manipularme con tu heroísmo pendejo. Diciendo esto, dio un tajo más a la base de la maqueta, descolgó y estrelló en el piso una litografía de Carl Andre y se largó.

Tierra quedó paralizado. Le gustaba Fuego pero no era para tanto.

Fuego salió a la calle, alcanzó la esquina y siguió por la gran avenida. El aire fresco incrementó su rabia. He perdido mi tiempo miserablemente; no es atractivo, no es interesante, no es mujeriego, no es nada. Y yo carezco del sentido maternal con el que la mayoría de las mujeres se las arregla. Lejos estaré mejor. Poco tráfico. Buena luz. Mente en blanco. A los doscientos metros sintió que la seguían. Una sombra. Apresuró el paso y el otro se le emparejó. Por favor, mujer, no seas terca, quédate en el depa hasta que amanezca. ¿Y a ti quién te llamó, Hombre Araña? Como quiera que sea no quiero que te pase algo. Tú y la campana me tienen hasta la madre, ¿lo sabías? Señaló adelante con el índice. Está bien, no te merezco, pero es tarde y es mejor que te quedes en casa, por favor reflexiona. ¿Para que no olvide nuestras trascendentales épocas de comida china e italiana? A la mierda con tu pinche espíritu responsable; déjame en paz, idiota.

Metros adelante un auto se colocó a su lado: ¿Por qué tanta prisa, muñeca, a dónde vas? Aire se hallaba alegre y, pródigo como era, pidió a Agua que se acercara a esa chica alta, de nalgas redondas, que caminaba tan resuelta. Fuego se enfadó, sintió sus labios secos, como si moverlos rompiera una película de plástico, sin embargo. Aire tenía ese aspecto de suficiencia y seducción. Tierra se acercaba contrito. Decidió disimularlo, Gracias muchachos, intento zafarme de ese imbécil que quiere aprovecharse. ¿Oíste, *boy*? Mujer en peligro. Más superhéroes, pensó, qué hueva. Pero se dispuso a valerse de ello. Ayúdenme, por favor, no dejen que ese abusador me haga daño. En efecto, los chicos simpáticos se bajaron y encararon a Tierra, que era de baja estatura y algo grueso. Ni creas que te vas a salir con la tuya, pendejete, lo recibió Agua con tremenda patada en el muslo. Ey, tranquilos, la señora es mi esposa y está un poco tomada. Ellos se volvieron a Fuego que rápido respondió: Es un truco, no le crean, en mi vida lo he visto y quiso abusar de mí. ¿Cómo la ves? Nos quiere ver la cara de pendejos.

Pendeja será tu madre, Aire que era el más osado, se encendió. No miento, es mi mujer.

Imposible exponer más razones. Aire le plantó un derechazo en la cara que lo tambaleó y Agua le pateó hasta el fondo la entrepierna. Con la muchacha no te metas, malparido. Hincado. Sangre en nariz y boca. Sofocado. Fuego observaba sin placer. Aire accionó su cero siete y le cortó una oreja. Oh, exclamó Fuego anonadada, llevando su mano a la boca, porque se visualizaba en la escena y sentía el peso del cúter en un bolsillo del pantalón. Tierra intentó parar la hemorragia con sus manos pero cayó desmayado. Los chicos se volvieron a la joven. Nalgas redondas. Bueno, mi amor, no te puedes quejar de falta de protección, ahora, estamos para mejores cosas. Claro, son tan guapos, tan caballeros, que lo merecen todo; pero yo soy una mujer decente y no aceptaría nada que no lo pareciera, así que quiero sus teléfonos. Los muchachos se miraron con sorna, ¿Cómo ves, *boy*? ¿Qué nos pasa esta noche? Todo mundo cree que somos estúpidos. Fuego los contempló. Chicos, no soy miedosa, y de verdad les agradezco su gesto; pero de eso a que me quiera ir con ustedes hay un tren. Un tren que descarrila, sonrió Aire inclinándose a su derecha. Que se despedaza, añadió Agua como si cayera de bruces. Un tren que existe porque choca, pensó Fuego e invitó: Chicos, creo que podemos irnos juntos. Tierra se puso de pie tambaleante. Observó al trío junto al carro, Agua lo contempló. ¿De veras no es su esposo? ¿Estoy tan peor como para verme casada con ese espantajo? Se volvió ligeramente al ensangrentado que mantenía su gesto de desdicha. Es verdad, a Tierra le corría la sangre por los dedos, no nos conocemos, pero tampoco la acosé, en asuntos de sexo tengo mis putas y mi nombre es Van Gogh. Luego enfiló rumbo a su casa con pasos cansinos. A Fuego le escozó el cúter pero no lo tocó.

Los jóvenes percibieron algo que les era ajeno: un tiempo y un espacio, como si no estuvieran presentes; por eso cuando Fuego les dijo que mejor se veían otro día, no pusieron reparos y se marcharon escuchando Tigrala.

Fuego continuó por la acera. Somos de lo peor. Una cucaracha va al espacio y no muere aunque no coma. Un ratón no es un agujero. No tenemos remedio, somos los enemigos públicos número uno de cuanto existe. El demonio se llama estabilidad. ¿Para qué amanece?; ¿para que tenga que quedarme quieta? Qué hueva. Y ningún antro donde tomar un trago y esperar el deshielo que se demora demasiado, ¿por qué tarda tanto?, ¿realmente vale la pena evitarlo? Pasó frente al templo de la campana pero ni se fijó. Para mí no, que se inunden los puertos

con todo y todo, y que se vayan al diablo los sueños de los incautos. ¿Van Gogh? Mis ovarios, mequetrefe, tomó el cúter de su bolsillo, ¿Qué es esto? Estaba húmedo, ensangrentado. Lo lanzó lejos y apresuró el paso. Qué dieras por un segundo de su vida. No se dio cuenta de que cayó clavado, vibrando, en un pequeño jardín de girasoles.

Si te vas a enamorar que sea de alguien así

Me acabo de suicidar, confesó instalándose al lado del ventanal. ¿Quieres comer algo? Me eché un sándwich en el camino. Pero habíamos quedado de comer juntos. Pasé por una pizzería y no quise resistir, ya me conoces, ¿Una pizzería? Sí, y el sándwich era de atún. Buscó en su bolso y se quejó. Maldita existencia, mis cigarros están mojados. El mesero informó que no vendían. Cómo me chocan estos cafés donde no venden cigarros. Ordené una hamburguesa de avestruz, la que sirven con una pluma y medio huevo cocido. Estoy harta, ¿qué hacemos aquí? Tenemos que hablar de lo nuestro. El zoquete de atrás está fumando, pídele uno. Mejor voy a buscarte una cajetilla. ¿Lo harías? ¿Por qué no? Aunque el calor me da un poco de hueva. ¿Calor? No lo sentí, y recorrí como dos kilómetros hasta aquí; también trae cerillos, mi encendedor está inservible. Salí. ¿Por qué siempre elijo la peor forma de cortejar? Es ridículo, hago cada tontería; debo de tener un gen de esclavo, las mujeres hacen de mí lo que quieren. Regresé con unos Fortuna, negros, que son los que prefiero. Antes de que me sirvieran se fumó tres. Bueno, qué quieres. A ti, No estoy en venta ni en subasta ni en nada que se le parezca, además ya te dije: no eres mi tipo. El mesero trajo mi comida, el medio huevo lucía exquisito. ¿Alguna otra razón? Porque eso de *mi tipo* me parece una soberana estupidez. ¿No te basta? No, siempre que estoy contigo algo me perturba, y a ti te pasa lo mismo, no te hagas la ingenua: me lo dicen tus ojos. No quiero ser tu chica o lo que estés pensando, y mis ojos no cuentan: malditos traidores, me meten en cada aprieto, mordí la hamburguesa. Me encanta que lo digas, mascullé con la boca llena, sonrió. A mí también, ¿sabes? Tengo el corazón destrozado, esta semana mi novio y sus amigos me quemaron viva, es horrible, por eso me suicidé. El

mundo está lleno de paranoicos. Ayer quería ser poeta, hoy quiero ser alcohólica. Si vas a ser algo que sea alcohólica, es más emocionante y nadie te molestará. ¿Emociones? No me servirían de nada, encendió un nuevo cigarrillo, salvo que quiera ser excluida: estoy emocionada, dices realmente emocionada y te jodiste, a partir de ese momento nadie respetará tus opiniones, con el cerillo prendió fuego a la pluma de mi hamburguesa. Fuego. Lo menos que dirán es que eres una basura infeliz. La dejé arder, pronto el trigal de donde había salido el pan era una sola llamarada tiñendo el horizonte. Salgamos, grité; cocineros, meseros y clientes nos miraban consternados desde la calle, llamaban a los bomberos con sus celulares y criticaban el sistema de seguridad del restaurante. El humo nos asfixiará, exclamé. No lo percibo, ¿te sientes mal? Entonces me convertí en María Magdalena y lloré, lloré, y lloré hasta reducir el incendio a un mito. Los bomberos, que observaban asombrados, me aplaudieron. Se puso de pie. Debo irme, en media hora inicio mi vida de alcohólica y éste no es el lugar. Pero, ¿y yo? No hablemos más de eso, mi mejor amiga celebra su cumpleaños y es hora de ir con ella. Cuando menos dime dónde quedaste. Me lancé al río con todo y carro, deberías dirigir la búsqueda de mi cuerpo, estos bomberos van para allá. Con razón viniste caminando; oye, si no quieres ser mi amante puedes ser mi tía. Ya, en otra vida hablamos, soy mayor que tú pero no tanto, ¿Fue en la curva donde siempre decías que querías tener un accidente? ¿Allí? Pero si nunca te gustó. Mira, si lo que pretendes es que te lleve a la fiesta: no puedo, tu amiga me detesta. Lo sé, deberían hacer el amor, el sexo arregla hasta la plomería. ¿Entonces? Sigue a los bomberos. No quiero extrañar tu imaginación. Estoy a punto de convertirme en alcohólica y no sabré nada de nada. ¿De qué color es tu ropa interior? Roja, ¿es importante? Tendré sueños de colores. Paró un taxi. Nos vemos, entró sin abrir la puerta ¿Qué cuerpo traías al caer? Ese en el que casi no tengo nalgas, el taxi se empezó a mover, ¿Y crees que voy a buscar ese adefesio?

Firmado con un klínex

Mendieta bajó del tren y se quitó la chamarra. Había viajado toda la tarde y parte de la noche para llegar a Calitháh, ciudad reina del desierto. Encendió un cigarrillo y entró en la estación, que era grande y populosa. De hierro. En un quiosco compró un periódico: Tres suicidios más, entre ellos el de Mónica Náscar, la ganadora de la Palma de Cannes, considerada la mejor actriz del momento.

Tomó un taxi: Al hotel Bathán.

El Bathán, una mole de vidrio de estructura metálica, se alzaba en el centro de la ciudad. Una pregunta fue suficiente. Versión del taxista: Para mí, mire, todas son unas zorras incapaces de soportar sus confusiones, sus pretensiones, sus delirios; sólo hay que verlas flirteando con medio mundo para advertir que no están completas, y qué más, sólo les queda el suicidio. Así resumió El Zurdo en su cuaderno de notas 42 minutos de conversación.

Tres de la mañana. Elevador.

Versión del botones, que de día era estudiante de Derecho: No entiendo, somos un pueblo próspero, la corrupción ha sido erradicada, en el gobierno los puestos los ocupan los más capaces, hay trabajo para todos, justicia, vivienda, educación, calidad de vida; tenemos el promedio de mujeres profesionistas más alto del mundo, de verdad no comprendo.

Mientras se lavaba los dientes recordó la solicitud del jefe Briseño: que se hiciera cargo del caso, la alcaldesa era su prima y quería ayudarla. Cuando el Zurdo le hizo saber que lo que le ocurriera a su prima y a sus nietos lo tenía sin cuidado, lo amenazó con enviarlo al único departamento que detestaba: Narcóticos. Y ahí estaba, en un hotel de lujo, con ventana a un parque inmenso, oscuro y solitario. Ya vería cuando amaneciera.

Por la mañana los periódicos fueron contundentes: Siete suicidios, para sumar 126. Mujeres de todas clases, edades, suertes: reinas de belleza, ancianas, obreras, amas de casa, campesinas y dirigentes, políticas y deportistas. Sobresalían las impactantes fotos del sepelio de Mónica Násicar. Pensó que debía hablar con la alcaldesa después del desayuno, pero ella también se había suicidado. Sintió asco, pensó en volver a Culiacán convencido de que no tenía nada que hacer.

Desayunó en el hotel machaca de lagarto con jugo de biznaga. Su mantel tenía impresas fotos de arco iris. Es increíble lo que la luz contiene, si no son el mismo, ¿en cuál está el tesoro?, ¿Señor Zurdo Mendieta?, lo interrumpió un hombre canoso, alto, pasado de peso, Soy el capitán Guarniz, jefe de la policía de Calitháh, se dieron la mano, el capitán se sentó y pidió café. El detective no perdió tiempo. ¿Cuál es su teoría? Al principio tenía una, ahora estoy perdido; hemos consultado psicólogos, psiquiatras, sociólogos, tanatólogos y, aunque hablan y hablan, ninguno ha señalado una causa posible; especulan. Pensábamos que se trataba de un asesino en serie, pero la mayoría deja sus cartas agradeciendo a la vida, al amor, a personas, y muchos de los últimos suicidios tienen que ver con los primeros. Hizo una pausa. El que de plano me cuesta creer es el de la alcaldesa, una mujer tan centrada, tan eficaz, tan exitosa, con ese extraordinario don de servicio. Calló un momento. Esta tarde la sepultaremos, ojalá nos pudiera acompañar. El Zurdo, atento, inquirió si no habría alguna secta religiosa involucrada. Nada, son simples suicidios, la mayoría con medicamentos, un treinta por ciento con inyecciones letales, cinco como Virginia Woolf, doce a la Hemingway, seis a la Pizarnik y una ahorcada; estos últimos eran de mujeres con historias clínicas y, digámoslo así, se hallaban propensas. ¿Gusta desayunar? Con el café es suficiente. ¿Cuándo ocurrió el primero? Hace cincuenta y cinco días; y, como imaginará, no pensamos en nada, suicidios hay en todas partes, ya ve los pobres rumanos; desde luego, y a estas alturas del partido, nuestra percepción ha cambiado. ¿Quién fue? La condesa de Alejandría, una respetable señora que vivía aquí.

Paseando por la ciudad, comprobó que ésta era ampulosa, moderna y limpia. Bien trazada. Inmensos edificios de cristal, numerosas fuentes y frondosos parques. La industria se localizaba en la periferia. Su hotel era el más pequeño. Conducía Zizi Pozos, una agente a la que el capitán presentó como de primera, con un solo defecto. No dijo cuál. Los suicidios atrajeron turistas. Hoteles y restaurantes se hallaban atestados de hombres de mirada esquiva, e infinidad de

japoneses en bermudas exploraban accionando sus cámaras. Los observó con desencanto.

Pidió a Guarniz que lo dejara en la biblioteca, donde se enteró de que la ciudad había sido fundada por apostadores. Ese gen tan especial que induce a histerias y acciones desesperadas algo tendría que ver. Entró a un bar deseoso de rumores pero sólo escuchó de deportes, acabó su cerveza y fue a un salón de belleza. Olía. Las mujeres no suspendieron su conversación cuando apareció. Le llamó la atención que no parlotearan de suicidios; se ocupaban de la moda, de los cortes de pelo y de la trama de *Soleado*, la telenovela futurista del momento. A su lado, una mujer hermosa esperaba que su pelo cogiera el tinte. Vio sus piernas duras, ligeramente varicosas, y su perfil tranquilo. Sintió algo: De las que me recetó el terapeuta, meditó. Media hora después abandonaban juntos el local. Truma Pontecorvo, ejecutiva de una empresa perfumera, en edad de merecer. ¿Me permite unas palabras? Cara redonda, ojos grandes, cuerpo perfecto. Claro, era de las mujeres que no temen mirar a los ojos. Me llamo Edgar Mendieta y estoy investigando los suicidios, ella extremó su atención. ¿Usted no es de acá, verdad? Le explicó brevemente que había llegado esa mañana de Culiacán. ¿Quién fue la primera? No sabemos, un día salió en la prensa que cuatro mujeres mayores de 40, entre ellas la condesa de Alejandría, que vivía aquí, habían aparecido muertas, cada una en su cama, con gestos apacibles; si cree que el resto siguió el ejemplo, puede ser; la condesa era muy querida, altruista, patrocinaba la ópera y a un grupo de artistas plásticos que ya han alcanzado la fama. Leí que Mónica Náscar también murió. Pero fue antier, por cierto el sepelio fue impresionante, probablemente eso incrementa los decesos en las clases populares. ¿Se tomaría un café conmigo? Ella sonrió, quedaron a las ocho en El Ángel de Fuego.

Comió en el café París un abigarrado de trigo y a las cuatro en punto entró en la funeraria para las exequias de la alcaldesa.

Guarniz le presentó al secretario de Gobierno, un hombre de mirada electrificante que se expresó con dureza. Espero que sea capaz de resolver el problema, lo atropelló con los ojos, veamos si sus recomendaciones son válidas. El Zurdo resistió las ganas de patearle el trasero y se encogió de hombros, el tipo le dio la espalda. Guarniz lo dejó a su aire pero el detective nada detectó.

Camino al cementerio advirtió que la mayoría eran mujeres. Nadie lloraba; al contrario, sus rostros se veían sonrosados, relajados de felicidad. Cerca del hotel, antes de abandonar la procesión, que entonaba alegres cantos, preguntó a una

chica sensual. Versión de la chica: Antes la mujer aspiraba a ser testigo de todo: nacimiento, crecimiento, desarrollo, deterioro y muerte. Intentaba ejercer algún control. Cuando reflexionaba en la muerte era en la de los demás, nunca en la propia; se creó un negro vacío; y ahora lo que ocurre es que hemos madurado, nuestra psiquis ha evolucionado, podemos disponer de nosotras, incluso a la hora de morir, y eso, como quiera que se vea, es una conquista. ¿Qué piensas de la condesa de Alejandría? Se cree que fue la primera en disponer de sí misma, pero no es verdad, ella se suicidó por una decepción amorosa; el asunto es más profundo, más trascendente que una simple reacción exacerbada. ¿Cómo decide una mujer que debe suicidarse? No lo he descubierto, estoy en eso, en cuanto lo sepa lo haré. ¿Y tus afectos? Novio, padres, hermanos. No importan, siempre habrá un momento como este para manifestar cariño y felicidad, como lo hacemos ahora usted y yo, que apenas nos conocemos. Sonrió y se integró al coro con entusiasmo.

En el directorio telefónico consiguió la dirección de la condesa. Un palacio rodeado de vegetación en una loma desde donde se divisaba la ciudad. Lo atendió un ama de llaves uniformada, enjuta, con gesto de me duele el ciático y con los labios muy pintados. A todas las preguntas del detective respondió que no sabía. Edgar no terminaba de entender sus gestos. El lugar era elegante y acogedor, pidió permiso para ver la habitación de la condesa. Es un sitio reservado, aseveró la mujer. Me han traído para averiguar el motivo de los suicidios y quisiera contar con usted. Dicen que la condesa no es parte del fenómeno, aclaró; por si hiciera falta, un retrato ovalado presidía la escena: hermosa, de facciones suaves, maquillaje ligero, pelo corto y labios pintados, con cierto aire casual que Mendieta no terminaba de entender. Prometo no tocar nada, sólo quiero ver, se detuvo en una foto de arco iris. Qué magnífica imagen, qué belleza, déjeme adivinar, esa foto la tomaron cerca de Winnipeg, en Canadá; es preciosa, ¿cree que haya un tesoro por ahí? La mujer no sabía cómo mirarlo, No sé, encogió los hombros. El Zurdo había visto la foto esa mañana en el mantel.

La habitación de la condesa era enorme. No hemos tocado nada, informó el ama. Mendieta recorrió con el pensamiento el lugar: alfombra, cama, cuadros, espejos, muebles, todo blanco. En el retrete flotaba un klínex con la huella de los labios de la condesa, casi deshecho. El detective lo observó con desconcierto.

Desde la ventana contempló la ciudad que en ese momento se iluminaba. ¿Era depresiva? Al contrario: era muy controlada, una persona contenta con su suerte.

¿Ingería algún medicamento especial? No que yo sepa. ¿Casada? No. ¿Religiosa? Tampoco. ¿Amigos? Muy pocos, la mayoría extranjeros. Me dicen que se suicidó por una decepción amorosa, ¿quién era el afortunado? Dígamelo usted, jamás le conocí alguien. ¿Qué edad tenía? ¿Qué pregunta es esa detective? Perdón. Observó detenidamente el lugar. Era joven. Gracias. Logró sacar el klínex intacto y se marchó.

El Ángel de Fuego estaba a reventar. Sin embargo, la gente hablaba en voz baja. La mayoría vestía de colores claros. Esperaba que un mesero le consiguiera espacio cuando llegó Truma, quien tuvo la previsión de reservar con tiempo. Minifalda, blusa generosa, rostro limpio, olor suave. Oh, Dios eterno, qué piernas. Se instalaron. Algo que no era ella empezó a afectar a Mendieta; se concentró pero nada descubrió. Su trabajo en la perfumería era de lo más interesante y estaba en su día libre. No conocía Culiacán, la sola idea de cruzar el desierto la aterraba, pensaba que la única vez que el tren se iba a descomponer era cuando ella viajara, por eso prefería el oasis, donde la luz y la sombra se recreaban mutuamente. Alta. ¿Por qué les gustan tanto los colores claros? Por *Soleado*, la telenovela donde todos visten de blanco y no hay carencias de ningún tipo. Cenaron codorniz en salsa de dátiles con un seco afrutado. Se contaron sus cosas con el encanto de dos que quieren conocerse. Qué grato es repetir la autobiografía. Me encantaban los osos de peluche. A mí torturar gatos. Por poco ingreso a la academia de policía. Yo por poco me salgo. Mozart me produce urticaria. A mí vómito. ¿Qué te llama la atención de *Soleado*? A mí nada, a la gente le gusta esa vida paradisiaca donde todo mundo es feliz; al parecer el melodrama es leve, pero trata ese sueño imposible. El tiempo transcurría y él continuaba inquieto, no sabía qué pero algo lo perturbaba. Me gustaría visitar la casa de Mónica Násicar. Tendrás que ir a Gordalháh, setecientos kilómetros al nornoreste; vino a Calitháh por lo de su premio en Cannes. De pronto sonó un disparo. Los presentes callaron; sin embargo, de inmediato continuaron charlando y tragando como si nada. El instinto del Zurdo hizo que se levantara y fuera al baño de mujeres de donde surgió el estruendo. Dos chicas abandonaban el lugar con rostros tranquilos. Entró. Abrió el compartimiento de un retrete y ahí estaba: una joven se había suicidado. Como Hemingway. En el agua nadaba un trozo de papel sanitario con los labios pintados. Supo al instante el motivo de su perturbación. Encontró en el bolso de la chica un lápiz labial rojo intenso. Recogió el klínex y regresó a su mesa; en efecto, un alto porcentaje de las mujeres presentes iba sin pintarse los labios o

con un tono suave, pero dos o tres parecían haberlo hecho para que se notara. Era una señal. Aunque no se apaciguó totalmente, se sentía mejor. Checó la marca: Fragante. Fabricado por la empresa donde laboraba su amiga.

Al salir encontraron a la joven que había entrevistado en el cortejo. Sus labios resplandecían de grana. No lo reconoció. Él se acercó y le insinuó al oído: Esta noche lo harás, ¿verdad? Ella simplemente sonrió, exhibía en el pecho dos pins: uno con la foto de Mónica Násca, otro con la de la condesa de Alejandría, quien se veía rozagante. Truma los observó atenta, luego lo besó y lo invitó a pasar la noche juntos. Me pintaré los labios, susurró, mordiendo su oreja; él, mostrando el lápiz labial, quiso saber qué tenía de especial. No tengo idea, lo que sé es que a las chicas les encanta. ¿Puedo ver el tuyo? Claro, era la misma marca pero de otro color. El Zurdo se guardó los dos, ¿Coleccionista? Apenas lo había dicho cuando de una suburban en movimiento les dispararon. El detective la arrastró al piso mientras una vidriera se desplomaba. Descarga cerrada. Cuajarón. Alebrije. Acabamos de pisar un callo, reflexionó, y debe ser muy grande. Minutos después llegó Guarniz aseverando que tenían años sin violencia. ¿Y los suicidios? Bueno, es otra cosa. Hitler es Hitler, capitán, aunque le ate las manos o esté muerto.

En la suburban que se alejaba, un hombre de barba partida se lamentaba.

Truma lo observó bastante consternada, Nunca pensé que fueras mala vibra. ¿Mala qué? El Zurdo, en otro planeta, apuraba a los peritos para que analizaran los lápices labiales y los klínex, el del baño del restaurante y el de la condesa. Los de balística se encargaron de los casquillos y él puso al tanto al capitán de sus sospechas: muchos indicios pero un solo motivo. ¿Cuál? Ni idea. Buscó a Truma pero había desaparecido. En ese instante los paramédicos sacaban el cuerpo del restaurante: le sorprendió su gesto de felicidad.

Cuando la joven del cortejo se retiró la siguieron. Guarniz estaba emocionado. La joven entró en un moderno edificio de departamentos. Ellos detrás. El elevador se detuvo en el piso catorce. Salieron a un rellano donde se veían dos puertas: una oscura y otra blanca. Guarniz sacó sus ganzúas. Qué ganas de usarlas, señor Mendieta, expresó, abrió la blanca, adentro olía a recién pintado. Irrumpieron. De inmediato experimentaron la suavidad de la vida, un dejar hacer dejar pasar que los hizo flotar dulcemente; el capitán se movía apacible con una sonrisa de oreja a oreja. Mendieta se sentó en un sofá y ensimismado se entretuvo en un librero. La pintura era tan reciente que el piso continuaba goteado. En su recámara, la chica se preparaba para ponerse una inyección letal. Sobre el buró, una carta. En el retrete, flotaba un klínex con sus labios carmesí.

En un reposit, el hombre de barba partida observaba con placer, llevaba mascarilla, gemía delicadamente. La chica se pinchó y se acostó sobre almohadones blancos. Padecía notables convulsiones que el hombre contemplaba con la boca abierta, respirando fuerte. En ese momento se deslizó el capitán Guarniz por el pasillo, sin rumbo fijo. El hombre se le acercó, disparó dos veces y regresó a ver los violentos arqueos del cuerpo desnudo de la joven que exponía su pubis afeitado y su clítoris breve. Esto duró tres minutos. Poco a poco se fue aplacando hasta yacer con un tranquilo gesto de placer, mientras el hombre respiraba como caballo.

Mendieta escuchó los disparos y permaneció quieto. Los lomos de los libros bailaban. Una vez más su instinto lo indujo a ponerse a salvo. Era de los policías que rara vez iban armados. Con gran dificultad y sin que lo abandonara la placidez se encaminó a la puerta que había quedado abierta. El de la mascarilla salió, disparó con buena puntería y escapó por encima del cuerpo atravesado en la entrada.

Afortunadamente siempre hay un vecino detestable que no duerme.

Versión de la prensa del día siguiente: el detective que vino a resolver el caso de los suicidios se encuentra ileso gracias a su chaleco antibalas, la chica a la que habían seguido se debate entre la vida y la muerte y el capitán Guarniz cayó en el cumplimiento del deber. Un periódico amarillista publicó que Guarniz, al morir la alcaldesa, con quien mantenía una relación amorosa, se había suicidado.

Mendieta abandonó el hospital y se comunicó con los técnicos que analizaban los lápices. Habían encontrado Perolina 40, una sustancia que exaltaba el ánimo, que duraba mucho en contacto con el agua pero que no era tóxica; en cambio la pintura de la casa de la chica y de las otras once que esa noche se quitaron la vida, se hallaba impregnada de un alucinógeno artificial que adormecía la conciencia en cuanto se absorbía. Los klínex también contenían Perolina.

Telefoneó a Truma, quien no se había presentado a trabajar. Su turbación, aunque leve, persistía. Durante varios minutos observó el parque frente a su hotel y bajó a pasear. En la recepción encontró al botones. Te veo triste, matador, ¿qué te pasa? Mi novia se suicidó; y ahora menos comprendo: era la mejor estudiante de la generación y no le faltaba nada, miró el techo para no llorar, ¿qué afecta tanto la voluntad como para quitarse la vida? ¿Crees que haya sido víctima de una sugestión? No sé, en muchos aspectos era una chica normal, escuchaba música, veía telenovelas y no era fan de Mónica Náscar.

El parque era realmente hermoso; tal vez eso le impidió llegar a alguna

conclusión.

Esa tarde, el entierro del capitán Guarniz fue apoteósico. Recibió tratamiento de héroe nacional. En el panteón, había demasiados hombres de blanco irradiando tranquilidad. Zizi Pozos se le acercó. Tengo la dirección de la fábrica de pintura y un informe que asegura que el lápiz labial es inofensivo, que es especial para usarse en albercas y manantiales y que es de uso común; al parecer es una de nuestras tradiciones. ¿Lo has usado? Siempre, produce una sensación deliciosa, como un beso infinito. Necesito que veas la telenovela *Soleado*, No me pierdo un capítulo, sonrió. Quiero ver el set de filmación, conocer al director, al productor y a los actores, ¿quién la patrocina? ¿Es importante eso? No tienes idea de cuánto.

El secretario de Gobierno se le acercó. Echaba chispas. ¿Sabe qué es usted, detective? Un incompetente, y sus recomendaciones no sirven para nada. El Zurdo hizo la finta de picarle los ojos y se fue.

Edificio de cuatro pisos, pintado de blanco. La recepcionista era amable, se oía música ambiental. El gerente se sorprendió cuando el Zurdo lo puso al tanto. Un cliente había comprado una fuerte cantidad de pintura blanca pero no era tóxica. Pasaron a la planta y en efecto, olía normal. No usaron las mascarillas que les obsequiaron.

La dirección del cliente resultó ser una de las pocas casas abandonadas de Calitháh. Mendieta inspeccionó el lugar, buscó colillas, cajetillas de cigarros, un papel, una huella, algo. Se fue en blanco.

Veía un video clip de Air Supply cuando sonó el teléfono, No quiero morir, escuchó, reconoció la voz del ama de llaves de la condesa de Alejandría. Vienen por mí y no quiero. Resiste, voy para allá. Abandonaba el hotel apresuradamente cuando se topó con Zizi, Encontraron a Truma Pontecorvo muerta, un tiro en la cabeza. En la madre. Pienso que no fue suicidio porque no había ningún klínex en el retrete; vengo para que me acompañe al lugar de los hechos. Mendieta la siguió. El cadáver se hallaba sobre sábanas café, en una habitación verde pálido. Desnuda, bocabajo. Había perdido su color natural. El Zurdo recordó su invitación. Su cuerpo largo, perfecto, sus piernas limpias. ¿Qué pasó? La Truma con la que cenó tenía algo de várices y se había cortado el pelo justo a los hombros. Descansó. Zizi Pozos experimentó lo contrario y pidió a los técnicos buscar en el archivo la filiación de la muerta. ¿Quién les avisó? Llamada anónima.

El palacio de la condesa se hallaba a oscuras. Mendieta buscó en el cielo una

nave espacial a quien culpar. Sólo estrellas. Entraron por una ventana. Luz tenue. Iban a subir pero algo se oyó abajo. Zizi, atenta, lo siguió. La foto del arco iris hecha añicos en el piso. Se desilusionó al ver que cubría un orificio con una cámara móvil. Caminaron rumbo a la cocina. Pronto sintieron el ligero olor de la seducción. Se colocaron las mascarillas. Abrieron una habitación llena de cubetas de pintura blanca y solventes. Ni siquiera cerraron la puerta. Continuaron hasta una sala de donde provenían pequeñas vibraciones de placer. Murmullos. Se asomaron. El ama de llaves, impecablemente uniformada, se erguía a punto de inyectarse. A su lado una mujer alta y hermosa la inducía: Tu puerta a la felicidad, querida, tu ingreso al paraíso. Un grupo de personas esperaba ansioso. No, gritó Mendieta, pero el ama nada podía oír. El hombre de la barba partida disparó. Zizi respondió dos veces: una para herir al ama de llaves, que cayó desvanecida, sin lograr su objetivo; otra para volver a partirle la barbilla al tipo. Los demás dispararon. El Zurdo por poco se pierde, alcanzó a reconocer a Truma Pontecorvo con los labios pintados. Alta, sensual, embriagadora. Zizi lo jaló. Corrieron entre una lluvia de balas. Debido a las máscaras los gatilleros no podían tomar puntería. La puerta del cuarto de las pinturas continuaba abierta. Zizi disparó a los solventes que de inmediato se incendiaron. Pronto el fuego alcanzó las alfombras, los gobelinos y las cortinas. Mendieta se volvió y fue testigo de cómo varios de sus perseguidores ardían como teas. Voy a regresar por el ama, masculló. Zizi sacó un revólver de su bota y se lo pasó: Lo aceité esta mañana, mi detective. Corrió. Cuando llegó, Truma lo esperaba. El ama se había puesto de pie. Eres tan glamoroso, expresó con una sonrisa seca al ver al Zurdo. Es una asesina, gritó el ama, una vil estafadora. Truma no se volvió. Soy el poder, Mendieta, el poder tras Soleado. Eres la más hermosa, dijo él, sin saber por qué. Truma hizo un gesto terrible y gritó: su vestido se había encendido y se lanzó al piso para apagarlo, pero prendió la alfombra. Relumbraron sus várices antes de abrasarse. Mendieta tomó al ama que se hallaba conmocionada por los alaridos. Con el revólver rompió una ventana y salieron a la parte de atrás. Zizi esperaba afuera, tranquila.

De prisa, agente Pozos, pide refuerzos y varias ambulancias. Déjame disfrutar un poco, compañero, apeló Zizi, soy piromaniaca, es mi defecto.

La misma ama se encargó de llamar a los bomberos y a la policía. Con ellos llegó la prensa. Se instaló en el jardín y explicó: Eran unos desgraciados que incitaban a las mujeres a morir por su propia mano; una mujer se puede suicidar, por supuesto, pero cuando a ella se le pegue la gana, no cuando se lo indiquen en

una telenovela estúpida; ¿no fue lo que hizo María Callas, a quien la condesa ayudó no pocas veces? ¿Qué le hace pensar eso? Proponían la felicidad absoluta, señor, y la felicidad absoluta es mortífera. Después buscaban estar presentes y aquello se convirtió en un ritual macabro; Ese actor de la barba partida era de lo peor. Se especula que la condesa tenía una relación con él. Falso, la condesa era una mujer de gustos refinados. Los hombres también ven telenovelas, ¿por qué? Interrumpió. ¿Hombres?, ¿esos seres? No pregunte tonterías, señor, difícilmente saben dónde tienen la cabeza.

Con todo bajo control, el Zurdo recordó a Truma, sus piernas largas, perfectas, pero no quiso indagar; no obstante, se volvió a la mujer, que sólo tenía un rasguño en el brazo: ¿Y los klínex en los retretes, se dice que el primero apareció acá? Lo observó incrédula. No diré media palabra al respecto, señor Mendieta, ¿qué se cree? Y se sumó a Zizi en la contemplación de la catástrofe. El Zurdo quería hablar de apostadores y de la cámara de la foto, pero fue imposible.

Ya en el tren de regreso, mientras cruzaba el desierto a 476 kilómetros por hora, llegó a la conclusión de que el caso se había resuelto solo. El mundo termina por acomodarse. Brindó por Zizi Pozos y sus labios rojísimos, y por la condesa de Alejandría, que de inmediato emprendió la construcción de su nuevo palacio. De Truma, mejor no hablar.

Cuerpo

Soy miss Sinaloa, dijo miss Sinaloa tocándose el pelo. Soy Yo, expresó Yo bastante inquieto, ¿gustas una cerveza? ¿Una cerveza? Qué tacaño, creí que ibas a invitarme una cervecería. No me digas, ni que estuvieras tan buena. Soy miss Sinaloa, imbécil, ¿no se nota? ¿Qué tal cantas? Como Shakira. ¿Y bailas? Igual que Shakira. La chica extrajo un espejito de su bolso y se pintó los labios; después le mostró un puñal. No me gustan tus preguntas Yo, no me menosprecies, no soy ninguna estúpida. Y si te menosprecio, ¿qué? Entonces usaré esto. Blandió la hoja. Te irás a sacar la tierra de las uñas. El bar estaba vacío. En el ambiente una rola acaramelada de los Platters.

Miss Sinaloa lanzó tasajeadas al aire hasta que se le cayó el arma. Luego se sentó arrasada en llanto, Sé lo que piensas Yo, ave de mal agüero, sé lo que contarás de mí en cuanto me vaya. Te haré pedazos, morra, diré que eres amante del gobernador y que has abandonado a tu madre enferma. No es cierto, dirás que soy espantosa, un adefesio sin nalgas y sin tetas, pregonarás que me compraron el título; lo único que anhelas es mi ruina. No puedo creer que estés de acuerdo con la propagación de los desechos tóxicos, y que te parezca excelente el hambre en el mundo porque conserva la línea. ¿No es lo que necesita la humanidad? Por supuesto que sí, tampoco fue descabellado que aprobaras la violencia.

Miss Sinaloa permaneció en silencio, se miró en su espejito, retocó sus ojos, se alisó la minifalda y sonrió. Sus 60-90-60 eran un tormento. ¿Insinúas qué? Nada, no insinúo nada. Te odio. ¿A mí por qué? Porque eres odioso. Y tú, ¿qué eres? De veras que estás ciego. Le enseñó la entrepierna, el diminuto calzón morado con un brillante falso en el centro. Tonto, nada puede contra mi vanidad, es mi escudo de mujer y de reina. Yo le dio la espalda, no encontró objeto en continuar

una discusión perdida; se alejó rumbo al baño. Llegaba a la puerta cuando percibió que algo había cambiado. Se volvió. Miss Sinaloa, de pie, se tocaba sus pechos, se arreglaba de nuevo el maquillaje y sonreía.

Tres chicos la observaban. De manera que usted ahora es nuestra majestad, preguntó el más alto, quien vestía un conjunto Armani casual. Ella regaló cuatro o cinco pasos, ¿No se nota? De que se nota se nota, mi reina, ¿gusta una cheve? ¿Tan poco? Creí que me invitarías una cervecería. El joven, recargado en la barra, con dos días sin afeitarse, sonrió y cruzó sus botas de piel de avestruz. Ojos inyectados. Su esclava de diamantes brilló. Diga nomás cuál quiere. La miss se desprendió la piedra de la tanga exhibiendo lo necesario. Vaya, hasta que topé con un hombre. Se la pasó. Y yo con una mujer. El chico supo que tenía el cielo y el infierno a la vista. Quiero una de verdad. ¿Por qué no dos, de una vez?

Postal para Diego Luna

EXT. AUTOPISTA. NOCHE. Vemos un tráiler que se aleja rápidamente hasta perderse en un punto luminoso. Cuatro notas de guitarra eléctrica marcan el tiempo. El viento del desierto silba. Desde el punto luminoso algo regresa. Un objeto pequeño y borroso se acerca vertiginosamente. Mientras esto ocurre el aire zumba cada vez más violento, hasta convertirse en aullido, que es justo cuando el objeto se hace completamente visible: Lentes oscuros para el sol volando. Close up.

DISOLVEMOS. Una anciana cocina. Vemos la cazuela llena de machaca con verdura y su rostro húmedo de lágrimas. La mesa puesta para uno.

En una ciudad lejana, una MUJER trasnocha en la puerta de su casa con la luz apagada. El alumbrado público define su perfil. Es hermosa. Cuarenta años por lo bajo. La calle solitaria serpea. Mira el cielo, se abraza, mueve y contempla uno de sus pies. La vemos desde arriba.

FLASHBACK. Sol a punto de ocultarse. Nos encontramos en un estacionamiento de trailers. Música norteña, rock, baladas, voces, mentadas de madre con cláxones. Es enorme. Desde arriba observamos al menos treinta máquinas con sus cajas, estacionadas una al lado de la otra.

Entre los trailers, tres o cuatro revisan los motores, cuatro o cinco suben chicas a sus camarotes, seis o siete duermen en hamacas bajo las cajas, siete u ocho juegan baraja, uno ve la tele. Movimiento perpetuo.

En medio de los trailers, vemos a la MUJER, quien camina como flotando. La vemos de espalda, con una blusa hasta el cuello.

Pago por ver, dice Pipo, ya me harté de esta madre, pone un billete arrugado en el montón del centro. Vemos cierta ansiedad en su cara.

Traerás muchos billetes, pinche flaco.

Suficientes para que me la pelen, putos.

La MUJER gira detrás de un tráiler y dejamos de verla.

Yo no voy, desafortunado en el juego afortunado en el amor, justifica uno y deja caer sus cartas cerradas.

Cállate, huevón.

Uta, si corres tú, qué me queda a mí. Bajarte los calzones.

Encontramos a la MUJER de frente: rostro sosegado, serio; camina con parsimonia. Vemos sus ojos apacibles.

Pinche Pipo, te vas a forrar, cabrón.

Sin abrir sus cartas recoge el dinero.

Por eso es bueno que haya pendejos en el mundo, a poco no.

Se pone de pie y se va.

Y corretones como tú, cabrón, exclama uno abriendo su juego y constatando que no traía ni par.

La MUJER sigue caminando. La avistamos desde arriba.

La vemos, morros, a la vuelta les disparo unas cheves.

Dispárame a tu hermana, güey.

¿Para qué? ¿Pa' que hagas el ridículo como con la Chana? Contigo no gano ni pa' vergüenzas.

Ay sí, cabrón, has de ser muy felón.

La MUJER llega al tráiler de Pipo. Se sienta en el estribo con las manos en el regazo.

Vemos que mueve su pie.

Aparece Pipo.

¿Cómo estás, «Morena, la causa fuiste»?

Más tarde te voy a soñar.

El hombre sonrío con coquetería:

Ya, pinche yaqui, no se te escapa nada, ¿eh?

Abre la portezuela, saca un marro de madera. Se escuchan varios cláxones.

¿Nada de qué?

Nada de nada.

¿Quieres cenar? Tengo machaca.

Vemos la mesa mencionada al principio, con el plato servido. Vaso con agua al lado.

Machaca la de mi madre, morra.

Le pega con el marro a las llantas más cercanas.

Pero está muy lejos.

Da la vuelta al tráiler checando las llantas, silbando despacio.

Me tengo que ir, morra, te veo a la vuelta.

Mete el marro en la cabina.

¿Qué llevas?

Elotes.

La abraza fuerte. Vemos sus rostros. El de él, duro, cansado; el de ella, con los ojos cerrados.

Siento como si no fueras tú.

No empieces.

Como si tus ojos no fueran tus ojos.

Vemos que Pipo abre los ojos. Veloces entramos en uno.

¿Será el último viaje?

Te lo prometo, ya conseguí un chofer en Culiacán que está más loco que yo.

Se atraganta. Le da una vuelta bailando vals.

Eres de lo peor.

En el ojo vemos un niño pequeño y divertido que crece rápidamente hasta convertirse en Pipo.

Se miran de frente y sonrían.

Pipo sube a su máquina y la enciende. Se pone sus lentes para sol y se vuelve a la MUJER:

Estás bien chula, «Morena, la causa fuiste».

La mujer lo mira como si no estuviera allí.

INT. TRÁILER. ATARDECER. FLASHBACK. Vemos el tablero: una foto de la MUJER de cuerpo entero, un Malverde, una virgen de Guadalupe, un micrófono, un refresco a la mitad. También la mano de Pipo que enciende el radio. Las cuatro notas. Lo cambia de estación a un noticiero donde hablan del tiempo. En su rostro se nota incertidumbre.

El tráiler se mueve. Desde arriba vemos que abandona el estacionamiento. Antes de salir se cruza con otro que llega y se mientan la madre con el claxon.

Pipo no escucha el suyo. Lo jala de nuevo y nada.

¿Y esta madre?

Vemos su rostro frío.

Desde arriba avistamos el estacionamiento y el lugar vacío de Pipo. En el centro está la MUJER. Poco a poco nos acercamos hasta ver su rostro hostigado.

CARRETERA. El tráiler de Pipo se aleja hasta convertirse en un punto de luz.

CORTE A: EXT. CARRETERA. LUGAR DEL ACCIDENTE. NOCHE. Una vaca deslumbrada. Un puente. Un cinturón de seguridad que se rompe. Ruido de accidente. Ruido intenso. Humo. Los mismos cuatro acordes y los lentes oscuros que salen volando de las láminas retorcidas; a la vez que escuchamos la estación del noticiero.

OPERADOR (Off). Listo, maestro, recuperamos la señal.

LOCUTOR (Off). Son las palabras del secretario de Agricultura, mismas que fueron respaldadas por el presidente de la República en la plaza Babilonia. Oye, ¿eso de los jardines colgantes fue cierto? Tengo mis dudas, pero no me gustaría que me llamaran enterrador de una idea tan difundida. Fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. ¿Pero realmente existieron?, ¿qué plantas crecían en él?, ¿qué flores?, ¿a qué olía? Ahora que las carreteras son tan seguras y las vacas sólo sirven para dar leche, yo me lavo las manos con el mejor jabón del mundo. Bacterias, pobres de ustedes.

Vemos restos del accidente. Las calaveras encendidas de un auto que se detiene.

CORTE A: Pipo se halla ante una puerta de cristal luminosa. Se cubre los ojos con la mano:

¿Dónde dejé los pinches lentes?

Derriba la puerta de una patada y la intensa luz lo hace prosternarse. Se cubre los ojos con un brazo.

¡No mames!

Vemos su rostro azorado y lleno de luz.

¿Se hizo?

Escuchamos los cuatro acordes mientras los lentes vuelan.

DISOLVEMOS. Una carroza avanza por la carretera hasta el estacionamiento lleno de tráilers. La siguen dos vans: en una viajan las hijas de Pipo con sus familias y en la otra el hijo con su esposa y un niño pequeño. Atrás, en una camioneta, se trasladan dos de sus hermanos. Desde arriba vemos que llega y ocupa el lugar de Pipo.

Los amigos están allí. La MUJER también. No llora. Parece que sus ojos profundos y secos lo abarcan todo. Hay silencio. Vemos a los amigos del póker. Escuchamos cómo los radios se van apagando uno a uno, hasta el último.

Silencio. La carroza se detiene en el centro y sacan el féretro. Los amigos comparecen uno por uno. La MUJER los ve. Los hijos los ven. Cuando han pasado todos le ceden el sitio junto al ataúd. La observan con respeto. Ella se acerca al

féretro abierto. Los hijos también la respetan. Mira el cuerpo. Sus manos en el ataúd se crispan. Levanta los ojos al cielo. Vemos los lentes que llegan volando. Ella los atrapa y los coloca dentro del féretro. Luego lo cierra e indica a los de la funeraria que procedan.

En ese momento los trailereros corren a sus máquinas y las encienden. Los empleados de la funeraria meten el ataúd, cierran la puerta de la carroza y avanzan despacio hacia la carretera.

Los trailereros aceleran, tocan sus cláxones todo lo que es posible. Es una tremenda despedida para el compañero. Hacen esos ruidos para avisar al mundo que se ha ido uno de ellos pero que los demás siguen de pie. Los vemos de arriba y de los cuatro puntos cardinales. Nos acercamos a varios mofles en acción. También a las cornetas. Sólo cesan cuando la carroza y sus dolientes desaparecen de su vista.

CORTE A: Pipo quita su brazo de la cara porque tiene sus lentes puestos y puede soportar el resplandor. Se acerca a la puerta y expresa: Según yo era el último viaje, pero creo que es el primero.

Un silbido leve le llega de adentro,

¿Estás ahí, Cabezón?

Simón, responde una voz alegre, y llégale que te estamos esperando.

Da un paso y se pierde en la luminiscencia.

Escuchamos las cuatro notas.

FADE OUT.

Gard

En Europa las cosas importantes acaecen la noche anterior. Y fue justo lo que pasó. El italiano vio entrar al francés y sonrió. Estos tipos no cambian, sonríen y prepárate porque algo van a hacer. El francés se sentó y pidió *gard*, una especie de aguardiente con unas letras de menos. Le trajeron un vaso pero exigió que le dejaran la botella. Escuchaban música noruega. El italiano, que se encontraba al fondo bebiendo chianti, se acercó a la mesa del galo. ¿Puedo? No, igual se sentó y se sirvió *gard*, que en ese momento era una variedad de flor con unas letras de menos. El francés se volvió a otro lado para que el italiano se largara, pero éste le confesó que lo admiraba, que pocos como él, que había pasado horas dilucidando cómo se había quedado calvo. El francés lo escuchó, cavilando que era pésimo para los chistes, y no pronunció palabra. Enseguida le habló de política, de negocios y de Italo Calvino, ¿Sabes quién es? El franco pensó en una bailarina de cancan pero no abrió la boca. Quería estar solo. El italiano lo sabía pero le importaba un bledo. El francés tomó el vaso y la botella para cambiarse de mesa pero el otro lo frenó. No es para tanto, enseguida me voy, sólo quería decirte que hoy conocí a un mexicano, le contó de mí, un tipo que se acostó con BB, con SL y con CC. El otro, impasible, se sirvió un trago más: no era de su incumbencia. Además vio en TV una entrevista con Maradona en el 98 donde aseguraba que ustedes serían campeones y así ocurrió, ¿algo qué objetar? Al francés le brillaron los ojos pero no abandonó su mutismo, lo más que hizo fue volverse hacia la puerta por donde en ese momento entraban Blanca Nieves y los siete enanos con una cesta de manzanas, y empinarse la botella de *gard* que a esa hora era una estación de tren. Te lo recuerdo porque mañana van a perder, lo enfrentó el italiano, con su sonrisa de espada. Entiende bien, cretino: no hay más Ronaldos para desmayarse. Lo miró de frente, era delgado, mordaz y atrabiliario,

¿Sabes quién es Albert Camus? El italiano, sin explicárselo, pensó en un fusilado. Claro, el crepero de la esquina. Es un poeta. Ah, el mexicano me enseñó unos versos sensacionales donde dice que me acosté con la puta de tu hermana. El francés quedó frío, dominando la furia, mientras el otro no lo perdía de vista; diez segundos después dejó caer unos *gards* sobre la mesa, moneda con unas letras de más, y se largó. El otro continuó sonriendo, luego besó a Blanca Nieves, se casó con ella y tuvieron muchas manzanitas.

Como les dije, las cosas pasan en la noche y de vez en cuando en el día.

Horas después, ante millones de espectadores de los cinco continentes, el italiano hizo el juego de su vida, incluso fue derribado por un *gard* en el pecho, embestida brutal con las letras justas.

La casa de las sirenas

Se hospedó en el hotel Universal, frente a la catedral. Se registró como Adán Puskas, proveniente de Lisboa, y esperó hasta la tarde por una habitación con balcón a la calle porque le gustaba dormir con luz. Su magro equipaje indicaba que no se quedaría mucho y un aire de desconcierto permitía intuir en su rostro duras batallas por resolver.

Tomó un carro americano, transporte que se deslizaba sobre rieles, halado por caballos, en el que podían viajar hasta nueve personas cómodamente sentadas. Observó las casas blancas de dos o tres pisos, altas y elegantes. A pesar de los 20 grados, transpiraba. Eso lo notó Pedro Castanheira, quien iba a su lado, y concluyó que ese hombre blanco y serio provenía de un país muy helado.

En la estación de Pombal tomó el tren de cremallera que en ese momento partía y estaba a la mitad de su trayecto entre el muelle y Terreiro da Luta, el sitio más elevado de la ciudad desde donde podía verse el resto de la isla.

Funchal es la casa de las sirenas.

Sintió el tirón de la máquina y la fragancia del humo que el aire metía en el carro de pasajeros. Cubrió su nariz con el pañuelo que usaba para limpiarse el sudor y miró los blancos sombreros de los compañeros de viaje. El suyo era negro. Pensó que sería correcto comprar uno blanco. Algunos viajeros conversaban a gritos para hacerse oír sobre el fragor de la máquina en cuya cabina dos hombres maniobraban con familiaridad.

En estación del Monte el carro se llenó, al parecer eran turistas que se habían quedado a admirar el paisaje en el viaje anterior. Se apretujaron. No paraban de conversar. Puskas no sintió ni pensó nada. La gente tenía derecho a divertirse y Funchal se había convertido en un sitio especial para los que podían darse ese lujo o tomarse una tregua de la vida en el continente.

Era lo que decían de ella: se está tomando una tregua.

No pocos creían que esa tregua debía ser eterna.

En escasos minutos llegaron a la cima entre la algarabía y el estrépito. Bajaron del tren y continuaron por la escalera hasta el edificio donde ondeaba la bandera portuguesa. La isla era un espectáculo. Observó. No entró en el edificio. El aire fresco detuvo su transpiración y guardó el pañuelo. Como todo profesional, sabía que el ambiente también participaba a la hora de la acción. Se negó a recordar ejemplos.

Esa noche de Viena le dolía. Aún le dolía.

La gente se agolpó en el tren que inició el descenso con menos escándalo. Como nadie bajaba en la estación intermedia siguió directo a la inicial ubicada en el puerto. Paseó por el muelle y pudo ver que *El Miramar*, nave en que ella había arribado a la isla, se hallaba anclado en la bahía. La bandera austriaca ondeaba al igual que la insignia del emperador.

Le dolía que tanta gente estuviera involucrada, que le vedaran el gusto del misterio.

Está enferma, lo que come lo vomita, siempre está abatida y es una auténtica calamidad, ¿sabía que no sonrío porque perdió los dientes y que a pesar de su tuberculosis sigue fumando y haciendo ejercicio con esos aparatos del demonio? Creíamos que lo dejaría, como dejó la equitación, pero nada, es más terca que una mula y ya nos colmó. Preferimos que no sea en nuestro territorio, así que hará usted el viaje a Madeira; sabe dónde está, ¿verdad?

Lo que más respeta un asesino es a su víctima y él se hallaba en Funchal, la capital de Madeira, para conocerla, comprobar sus costumbres y aniquilarla, después de escapar de la fascinación de sus retratos. También la historia personal juega. Transpiraba de nuevo. Tal vez su habitación estaba lista, así que enfiló rumbo al hotel entre unos dragos enormes y unos cactus pequeños. Un hombre que cargaba un recipiente con pescado lo dejó atrás.

En el hotel le dijeron que en una hora.

Caminó por ahí sin alejarse demasiado porque seguía transpirando. Los nativos en sus quehaceres, los turistas asombrados recorriendo las calles empedradas, probando mariscos, frutas, y deteniéndose de cuando en cuando ante alguna mansión más ostentosa de lo común. Fue cuando la vio. Se decía que

no montaba pero allí venía, al lado de un hombre joven que debía ser Hunyadi, su amigo húngaro, trotando sobre un orgulloso corcel.

Vio su rostro sonrosado, su esbeltez más allá de cualquier retrato, su figura de diosa sobre la bestia; y, en lugar de concebir que su hora se acercaba y que cuánta razón tenía al pensar que el medio también jugaba, percibió que el momento se alejaba, que esa mujer no requería sonreír para ser lo que era y la imaginó bañada en su pelo que según murmuraban le llegaba a los talones.

Escribe poemas, farfulló la mujer que lo contrató, ¿Sabe lo que son? Digo, su oficio no creo que le deje tiempo para otras cosas; pero sí, su padre borroneaba versos que no enseñaba a nadie y él había leído a Catulo y a Horacio en su juventud. Se pinta el pelo, ¿por qué lo hace? Por insensata, y si a ella no le importa que su marido se revuelque con quien le da la gana, a mí sí me importa lo que haga el mío, maldita zorra.

Fue cuando puso la bolsa de oro en sus manos y se alejó rumbo al edificio de la ópera. Los faroles de Viena no alumbraban como decían. Se guardó el dinero y pensó que le vendría bien el viaje a Madeira, donde podría pasear y comer merluza como le gustaba, amén de beber buen vino. Rumbo a la estación del ferrocarril maduró tres formas de cumplir el encargo, porque las formas también juegan.

Los siguió.

En la catedral se detuvieron. No se persignó. Simplemente se detuvo frente a la fachada, observó, señaló algo, comentó con su acompañante que escuchó atento y continuaron. Cien metros adelante, traspusieron un portón negro que se cerró tras ellos. Puskas vio los muros blancos, las contraventanas y un balcón de madera del que colgaban algunas orquídeas. Tenían razón, allí vivía. Nadie supo decirle la cantidad de personal de resguardo, pero no debían ser pocos. Se limpió el sudor y emprendió la retirada. Anduvo despacio, sin hacerse preguntas ni especular.

Minutos después, sin la menor vacilación, dejó el paso libre a los dos jinetes y a un tercero que los escoltaba con absoluto donaire. De inmediato supo que ésta era su verdadera víctima, que la otra mujer era un espejismo que ahora sonreía al joven jinete que tendía a esperar a la verdadera. Todos tenemos un monstruo en el corazón y él lo sintió alebrestado cuando ella pasó a su izquierda sin ver a nadie, partiendo la tarde con su porte único. Con la mente convulsa, escuchando música de garfios, fue detrás suyo, tropezando más de la cuenta. Pasaron por el hotel y continuaron hasta Pombal. Comprendió que iban a viajar en el tren de

cremallera. Compró su boleto y pronto estuvo de pie en una pequeña plataforma detrás del carro. Quería ver dónde se sentaban la dama y sus acompañantes. No se sorprendió demasiado cuando se ubicaron de pie justo a su lado. Ella le brindó una mirada neutral y él inclinó la cabeza. Los otros la flanquearon. El tren arrancó y mientras los jóvenes reían ella permanecía seria pero divertida. Puskas la tenía a unos cuantos centímetros y nada podía hacer, sintió el puñal caliente y supo que nada pasaría, que un asesino infalible lo es porque conoce sus límites y que, ante él, ella no necesitaba de la guardia real o del servicio secreto para estar a sus anchas.

Algo le vino de aquella noche en Viena pero lo dispersó al instante una nota apacible.

En Terreiro da Luta ella pidió estar sola en el mirador. Divisó un momento el mar y el horizonte donde se ubicaba su imperio, luego se volvió a la gente, entre la que descubrió al hombre de sombrero negro que había viajado tan próximo a ella en el vagón, tan junto que pudo sentir su perplejidad contenida. Recordó a George Bay Middleton, su maestro de equitación y posible amante. Debía ser tan atolondrado como él, reflexionó, hombres cortados con la misma tijera. Vio que el desconocido se acercaba despacio, que sus ojos despedían reflejos nacarados, que traía una mano en la cintura, bajo el saco.

En ese instante, Imre de Hunyadi, que aunque fingía indolencia no dejaba de vigilar, se atravesó entre ella y el intruso, que se paralizó. ¿Dígame usted? Quiero obsequiar algo a la emperatriz. La emperatriz no recibe obsequios en público, deberá usted llevarlo a la Quinta do Bom Sucesso, o si lo prefiere a sus palacios de Budapest o Viena.

Puskas compró su boleto a Varsovia y se apartó a esperar la salida. Desde la penumbra donde se encontraba vio aproximarse a tres hombres que no le inspiraron confianza. Introdujo ambas manos en el abrigo y aferró sus puñales. A dos metros, uno de ellos lo conminó, No sé quién eres ni por qué, pero una persona importante pide hablar contigo, él mostró su boleto de tren, Te irás en el de pasado mañana, vamos; sus compañeros, de rostros impíos, exhibieron largos estiletos. Puskas endureció el rostro y siguió al hombre. Afuera de la estación abordó un carro cerrado tirado por caballos. El armatoste se movió lentamente. A un costado de la estación se detuvo para que trepara un personaje que creía haber visto camuflado en un pilar. Se sentó enfrente. Era delgado y respiraba

agitado. Barbado, rostro anguloso, ojos para odiar. Puskas se alertó. Usted no me conoce, cuando menos no tanto como yo a usted; usted acaba de establecer un compromiso muy serio, un compromiso que puede afectar terriblemente al imperio austrohúngaro y con él a Europa entera; la razón por la que actuará usted es una estupidez, en su abrigo, además de sus inseparables puñales, debe traer aún la paga, puesto que no ha tenido tiempo de llevarla a algún resguardo; como ve, nada de lo que usted ha hecho nos es ajeno, y no porque la noble mujer que lo contrató lo haya delatado, sino porque un imperio poderoso se reconoce por sus espías. Para demostrarle que tengo razón le diré lo siguiente: le han dicho que se encuentra en las afueras de Funchal, en la Quinta do Bom Sucesso; pues no, está dentro, muy cerca de la catedral, en la casa del ahora respetable conde Andrassy. Puskas empezó a relajarse, al parecer la operación continuaba. Quise verlo, para que le quede claro que estamos al tanto de sus planes y para aumentar su estipendio, porque le han dado una miseria, aquí tiene el triple, espero que lo aprecie. El hombre, al que nunca vio claramente, se echó la capa a la cara y desapareció.

Puskas volvió al hotel, pidió agua y la bebió de golpe.

Desde el balcón avistó al trío que se aproximaba. Sissi, que iba al frente, lo descubrió, lo contempló dándole tanto lugar en el espacio que hizo cimbrar al asesino, quien no se movió hasta que dieron vuelta rumbo a la iglesia de São Tiago. Regresó a la habitación. Se lavó la cara y bebió otro vaso de agua. Cayó en cuenta de que no había comido pero no tenía apetito, ni calor ni nada. Se recostó sin dejar de transpirar, pensando que debía ir tras ella. Cerró los ojos. Salir y alcanzarla y. Sissi, emperatriz consorte de Austria, reina consorte de.

Tiempo después escuchó pasos.

Pedro Castanheira entró sin tocar. Tras él dos individuos vigilaban. Vamos, señor Walesa, tendrá que acompañarnos. Puskas lo observó, intentó predecir su futuro inmediato sin conseguirlo. Castanheira lo encontró limpio, sólo dos fundas vacías bajo la pretina del pantalón; luego buscó bajo la almohada y se guardó los puñales de cacha de plata, finamente labrada. Lo había seguido durante el segundo recorrido y no tenía dudas de sus intenciones. Ese sombrero negro se advertía perfectamente en cualquier sitio.

Caminaron por la calle con discreción hasta la casa de las orquídeas. En el portón los recibió Hunyadi, quien miró con dureza a Adán Puskas. Castanheira

notó que aquél transpiraba más que la primera vez que lo vio de cerca, y que no era de miedo. No olía a nada y el pavor huele contra el anís, que es el olor natural de la isla. Cruzaron un jardín perfecto. En el centro un vetusto drago señalaba la entrada al orquidiario. Se detuvieron ante un portal grande, rodeado de flores, donde ella leía en una mecedora. Hizo una señal y Hunyadi entró. En ese momento Castanheira descubrió una daga en la bota de Puskas pero no se movió. Por una parte se hallaba harto de cuidar a una mujer amenazada que poco le importaba y por otra su instinto le indicaba que ese hombre resistía un trance del que difícilmente saldría indemne.

Hunyadi volvió. Quiere hablar contigo a solas, te daré dos minutos; aunque te pida que te quedes tres, tú sólo usarás dos, ¿entendiste? Si cumples te perdono la vida, si no, despídete; sé quiénes te pagaron y sé las razones: esas perversas comparaciones entre austriacos y húngaros serán nuestra perdición. Walesa indicó que eso no era de su interés y fue conducido ante Elizabeth de Wittelsbach-Wittelsbach, emperatriz consorte de Austria, reina consorte de Hungría, Bohemia, Croacia y Eslovenia, Dalmacia, Galicia y Lodomeria e Iliria, quien dejó al lado el poemario de Catulo para mirarlo, ¿Quieres decirme algo? Él la observó, su voz, música suave y cadenciosa, activó su memoria: «Preguntas Lesbia, cuántos besos tuyos / me serían bastantes y de sobra. / Tantos como la arena que... / ... / o tantos como estrellas que contemplan, / cuando calla la noche, los amores / furtivos de los hombres...». Aturdido, la transpiración le empañó la vista. En un movimiento relampagueante extrajo la daga y la clavó en su corazón, sin dejar de observarla, «que no puedan contarlos los mirones»,* leve grito, qué deleite: el dulce canto de la sirena mayor.

Notas

* Catulo (Juan Manuel Rodríguez Tobal, trad.), *Poesía completa*, Hiperión, Madrid, 1998.

Plop

Pompas: de carne de leche de jabón. De cerveza petróleo sal de uvas. De chicle enjuague urinario. De buzo sirena niño grande. De licuado, *hot cakes*, jugo de piña... De hormigón. Grandes. Inmensas como la Tierra. Para protegerla.

Regalo de cumpleaños

(Gran desierto de Altar, Sonora, México)

Más o menos dos horas, reveló el guardia, un joven agradable que pese a estar al final de su jornada no mostró fastidio ni cansancio. Moreno claro, baja estatura, mirada lánguida. A su lado, otro chico de gorra beisbolera, treinta y pico centímetros más alto, sonreía cada que ella preguntaba alguna obviedad, ¿Hay víboras? Han visto algunas, pero nada espectacular, el de la gorra, que tenía esa piel como si no tuvieran poros, mostró su dentadura, ¿Qué se hace en caso de una mordida? Bueno, venirse rápidamente, aquí tenemos toda clase de sueros crotálicos. Entró el marido, de barba, alto, de lentes, fue directo a las fotos en las paredes, se detuvo en un pequeño cartel que informaba la edad geológica de los cráteres: 20 millones de años. Hay víboras, murmuró ella: madura, ejercitada, nerviosa, lentes oscuros, él pareció no oírla. Y son dos horas de recorrido. Tenemos tiempo, observaba ahora la foto de El Elegante, el cráter más grande. Suficiente para ir y venir, aseguró el guardia, su compañero sonrió contento, con la mano en una mejilla. Quiero ver el atardecer, cómo se combinan la luz y la sombra, explicó el marido, a eso vinimos, ¿no? No encuentro la razón, insistió ella, tú jamás has creído en nada y tu interés por los fenómenos sobrenaturales es irrisorio. Él se dirigió al guardia, ¿Algo que debemos cuidar? Sólo firme esta hoja y adelante, no olvide su cámara. ¿Por qué te empeñas? Ella no se contentaba, su pelo largo, cuidadosamente teñido, lucía sucio, opaco, ajado por el polvo del camino. Sólo por darme la contra, ¿verdad? Siempre haces lo mismo. Nada, a eso vinimos y lo haremos. Había manejado seis horas desde Hermosillo, una ciudad extendida y calurosa y estaba decidido. El guardia le explicó las reglas, Y no nos hacemos responsables de lo que les pueda suceder. Se miraron a los ojos. Signó una forma verde donde se comprometía a seguirlas:

no defecar, no hacer ruido, no recoger piedras ni plantas ni objetos y no detenerse en lugares prohibidos. Se encontraban a la entrada de El Pinacate, el sitio del que se decía era el favorito de los alienígenas que desde tiempo inmemorial aterrizaron allí. También que se hallaba bajo el control de la NASA. Él no creía y ella temía. No obstante, era parte de un ritual. Todos los años la llevaba a lugares donde ella casi moría de miedo; un acuerdo tácito para continuar juntos, recriminándose suavemente, y a veces no tanto, esta forma tan comprometedoramente de romper la rutina.

Al principio le regalaba cuadros con su retrato para su cumpleaños, algo que ella esperaba ilusionada. Sin embargo, un año la sorprendió, en vez de cuadro la llevó a un viaje en lancha a la Patagonia, donde los océanos se juntan y el mar está de lo más picado, algo que ella aborrecía y de lo que regresó directo al hospital. Luego fueron a toda clase de lugares inhóspitos donde jamás la pasó bien: ríos con rápidos donde estuvo a punto de ahogarse, montañas nevadas donde fue víctima de la hipotermia, selvas infectadas de mosquitos, cavernas húmedas, barrios marginales, curvas peligrosas, aviones en ruinas. Eran regalos. Los temía y los deseaba y desde hacía quince años los esperaba con fervor sin hacer preguntas; algo inútil porque él jamás le adelantaba algo. Era su forma de quererla. Al final podía conversar de temas diferentes por varias semanas y despertar tanto la admiración de sus amigas de los martes, quienes tenían la mejor opinión de un marido tan original, como los comentarios más extravagantes de su analista, una solitaria con tres divorcios.

¿Cree que estos zapatos sean los adecuados?, preguntó al joven de la gorra, quien asintió sin abandonar su alegría. El guardia añadió: Se sugieren botas pero esos tenis no están mal, además traen buen vehículo, no creo que tengan problemas. Pero estaremos solos, en medio de la nada, porque no hay nadie, ¿verdad? A menos que sean verdaderas todas esas patéticas historias de extraterrestres, platillos voladores y astronautas haciendo simulacros. Esto es una zona volcánica, señora, son cráteres, nada qué ver con naves espaciales o extraterrestres, el de la gorra seguía sonriendo con la cabeza baja. La oficina era más bien oscura, estrecha, fresca, con un pequeño escritorio. Si le da tranquilidad, hay un grupo acampando más allá del cráter Cerro Colorado, entraron hace una semana, no hemos tenido noticias de ellos pero deben estar bien, mañana ingresarán otros al Cono Rojo pero ya no los verán. Oiga, ¿y han visto algo últimamente? El muchacho de la cachucha subió un poco el tono de su risa. El marido intervino. Déjalo, vayamos de una buena vez. Se encontraban a

52 kilómetros de Sonoyta, por la carretera rumbo a Puerto Peñasco. Oye, ¿a qué horas te metiste esas botas? Esta mañana, en el hotel. Debiste recordarme que me pusiera las mías. Te recordé. No te oí y no me di cuenta de que las traías, tal vez por el paisaje. La mitad de la carretera se hallaba en pésimas condiciones; más interesante resultaba el mundo de cactáceas, matorrales y montañas de perfil caprichoso que atravesaron.

Además de las víboras, ¿hay otros animales? Claro: monstruos de Gila, alacranes, tarántulas, escorpiones; las víboras venenosas son de seis clases; y, bueno, liebres, berrendos, pumas, coyotes, aves de rapiña: es una biosfera protegida, ella hizo un gesto de que no le gustaba nada, el marido, después de firmar, dio las gracias al guardia y salió, se oyó cuando encendió la 4×4. Ese imbécil quiere acabar conmigo, comentó ella, el guardia se cruzó de brazos, el joven de la gorra continuó sonriendo, aunque con menos ímpetu. Vaya con él, no le pasará nada. ¿Me lo promete? Siga las reglas y todo saldrá bien. ¿Y nadie se ha perdido? Es que ya es muy tarde, el joven volvió a reír. Sólo sigan las señales. ¿Por qué no requirió mi firma? Con la de él es suficiente. Lo miró con desprecio y salió; era hermosa, subió al vehículo con agilidad. Desplegó el pequeño mapa y se internaron por un camino de terracería.

El primer tramo era una recta vibrante. Después se volvía caprichoso.

El Elegante era el cráter mayor y el más accesible. El marido conducía con destreza. Es un desgraciado, pensó ella. La culpa es de su madre impositiva que le pegaba cuando era niño ante la mirada complaciente de su padre, un alcohólico irredento, recordó a su psicoanalista, una mujer interesante que escribía artículos sobre política, los decía en la radio y siempre la mandaba a casa con algo que pensar. Todo lo anterior lo he comprendido, pero con este viaje te pasaste, el marido buscó una estación de música *country*, constató que viajaban a 60. Dijo el guardia que no debías pasar de 40. Aceleró hasta 70; el carro brincaba por las piedras y las ristras de arena amarilla. Nos hubiéramos seguido a Peñasco, protestó, pero él se hallaba concentrado en una canción de Kenny Rogers. Llegaron a la primera bifurcación: Cono Rojo, El Elegante, con letras y flechas apenas visibles. Esos malditos letreros van a ser imperceptibles al rato, él continuó callado, tal vez la oía, tal vez no, la tarde volvía extraño el entorno: más lejano, más ajeno, como en un espejo con el azogue desgastado. En una curva cambió el color de la arena: ahora era gris. A ella le recordó su gato favorito: nunca podrá olvidar la tarde en que lo encontró hecho una lámina en una avenida cercana a su casa. A él le recordó el mismo gato, el día que con

unos amigos lo habían repasado con un carro y después arrojado a la avenida. Bajó la velocidad. Subían, las curvas eran pronunciadas y la camioneta derrapaba. La tarde avanzaba vibrante.

Jamás has creído una palabra sobre extraterrestres, lo miró con ganas de romperle los lentes. No lo hacía porque entonces tendría que manejar y esas curvas la exasperaban. No respondió; en efecto, no le agradaba el mundo de la especulación, pero esto era otra cosa. Estas curvas son horrendas, añadió, e intentó apreciar un paisaje lleno de siluetas. Tampoco te gustan las rectas, criticó él con una leve sonrisa, como si no la hiriera con esa afirmación. Podríamos estar ahora en Peñasco ante un buen trago, viendo el sol en el mar y las gaviotas, masculló. Él nunca olvidaba su conducta en bares y restaurantes. Pedía un sándwich de jamón y exigía que le quitaran los ingredientes indicados en la carta y le agregaran diferentes, incluso el jamón y el pan. Igual con las micheladas, los pobres meseros generalmente no sabían cómo conseguirlas: un día exigía cierta marca de cerveza y todas las veces la sal debía ser especial. ¿Qué hubieras pedido? Cómo voy a saberlo, qué no ves lo encantada que estoy con este vívido paisaje y con esta arena negra, tal parece que me quisieras desaparecer, ¿cuánto falta para llegar? Poco, el hombre apagó el radio, que solamente emitía ruidos.

Bifurcación: El Elegante, Cerro Colorado.

¿Como cuánto tiempo ha pasado? Cuarenta minutos tal vez. Deberíamos regresar, esto no me está gustando nada, como es por mi cumple lo acepto como bueno y me parece genial, de veras, como dicen mis amigas: eres único. Faltan cuatro kilómetros, no es mucho, afuera el ambiente se había vuelto rosado, el suelo gris brillaba abollonado, la camioneta avanzaba segura, ella recordó la primera vez que estuvo a punto de morir y sintió miedo. Regresemos, lo digo en serio, en ese momento se acabó la arena, el camino se volvió una cuesta pedregosa y un coyote azul cruzó la senda, ella lo observó alucinada, pensó que era un perro extraviado y sintió lástima, después pensó en una hiena y experimentó un pavor de esos que llegan al hueso. Luego no quiso pensar, se mantuvo callada unos minutos, viendo los enormes cactus y las choyas, y unas flores diminutas que giraban.

Se detuvieron en un minúsculo claro: «Prohibido estacionarse». Silencio espeso. Continuaron unos minutos por el camino negro hasta llegar a una vereda que debían seguir hasta la boca del cráter, ella intentó usar su celular. Muerto. El marido la animó. Vamos, preciosa, el sol está por ocultarse. No tengo nada que ver allí, tarado, déjame en paz. No te puedes quedar sola, es muy peligroso, la

fuerza de la compañía es lo que te salva. ¿Cómo lo sabes?, tú no crees en esto. Pero investigué y prefiero seguir las instrucciones. ¿Dónde?, ¿con quién? Un amigo pápago que conocí hace tiempo, él participa todos los años aquí, en rituales, en el solsticio que fue ayer. ¿Ayer?, ¿por qué no vinimos ayer? Mi amigo sugirió que lo hiciéramos hoy, ayer fue para ellos, vamos, no tenemos todo el tiempo. Me hubieras dicho que debía traer botas, él no respondió, subían por una vereda hecha con piedras del mismo tamaño. Sorprendentemente labradas. No alces demasiado los pies, es para no despertar a las víboras.

Era un cráter ancho, de 20 metros de profundidad. Mitad oscura, mitad iluminada por el sol que se encontraba casi a ras de las montañas lejanas, a unos treinta kilómetros. El viento soplaba cálido y se percibían vibraciones extrañas. Una danza muy suave. Ella temió, él pensó en *El oro de Mackenna*, una película que había visto cuando era adolescente, donde un rayo de sol indicaba el punto en una montaña por donde se debía entrar al valle del tesoro. Dame las llaves, idiota, no tengo por qué soportar esta humillación, lloraba, lo miraba con profundo rencor. Se las dio. Piénsalo, por ahí vi una víbora de cuernitos que no huyó con el ruido de nuestros pasos. Una ráfaga fuerte los sacudió. Se abrazaron.

Querían estudiar el planeta, no destruirlo, apuntó el pápago. No lo iban a hacer en zona poblada. De vez en cuando baja alguno pero no se meten con nadie. Sin embargo, ¿qué información, que implique todo lo demás, pueden obtener en el desierto? Toda, el desierto es vida y allí está la historia de la Tierra ¿Y eso de que es campo de entrenamiento de los astronautas gringos? Patrañas, aseguran que su superficie se parece a la de la Luna, pero ¿cómo saberlo? Me refiero a nosotros: seres comunes y corrientes. Hay fotos, incluso de otros planetas. No bastan, pueden estar trucadas. ¿Puedo llevar a mi mujer? Dejan pasar a todo mundo; no vayas solo ni te quedes solo. ¿Son profanadores de cuerpos? No sé lo que son pero no se separen mientras estén en el cráter, experimentarán una sensación extraña, no te fíes de ella. Era lo que estaban sintiendo, como si se hubieran fragmentado en miles de partes.

La visión del valle era impactante, algo así como una atmósfera sólida. La mujer, en silencio, no lloraba más y se pegaba al marido, temblaba, labios resecos, pálida, ojerosa; oteó la gran fosa y escuchó ruidos extraños pero creía que era el viento que era fuerte y mantenía su pelo en vilo.

El horizonte se había teñido de metal. Olía a limadura.

A punto de que el sol desapareciera, cuando el aire casi los derribaba, el marido dispuso la retirada, también por consejo de su amigo. Ella no dejaba de

temblar y la cargó. Observa la boca del cráter, pidió él. No quiero, farfulló ella adhiriendo su cara a su cuello, y desdeñó una intensa iluminación en cientos de penetrantes haces, que coincidía con el último rayo de la tarde.

Bajó de prisa. El frío y los temblores del cuerpo de ella lo preocuparon. La oscuridad oscilaba. Una víbora se le enroscó en el pie derecho pero la lanzó lejos. Ella siseaba. La camioneta se encontraba atravesada. Encendida. Caliente. Una vibración y un ruido lo paralizaron. Maldijo, maldijo muchas veces. Cuando se pudo mover abrió la portezuela e instaló a su mujer. Le dio a beber tequila de una botella. Ella reaccionó. Bebió otro trago. Él también bebió. Se miraron. Feliz cumpleaños, querida. Cabrón, hijo de puta.

Regresaron en silencio.

Un guardia de mayor estatura los esperaba al paso, a su lado un compañero más bajo, muy parecido al guardia original, sonreía. ¿Todo bien? Sólo una víbora de cuernitos. No son agresivas, si usted no las molesta generalmente se alejan, sobre todo las de antenas. ¿Antenas? Es un decir. ¿Y esa luz que se ve al final? El de la gorra sonrió gustoso, Fenómeno óptico, como el rayo verde. La esposa dormitaba. Le entraron ganas de disipar la adrenalina. ¿Y tú de qué te ríes, pendejo? El agredido se rió más. Se bajó. Te voy a enseñar qué les hacemos en mi tierra a los risueños. Él es así, no quiere burlarse, es su forma de comunicarse, se interpuso el guardia tomándolo del brazo con una fuerza inusitada. Ojos profundos, electrizantes. Comenta que usted es valiente y que ama a su mujer con lealtad, vaya tranquilo y dele nuestros parabienes.

Fue cuando reparó en la camioneta quemada estacionada a unos diez metros. Y en los individuos andrajosos que se encontraban sentados en el suelo, junto a ella. ¿Y éstos? Son los exploradores de Cerro Colorado, sufrieron un accidente. ¿Un accidente? En ese momento varios hombres sonrientes surgieron de la oficina y los trasladaron a una casa cercana.

El marido observó el puño morado que lo atenazaba. ¿Me puede soltar? Perdón, dijo el guardia retirando su mano que volvió a ser de ese moreno suave, sin poros.

A unos cien metros del lugar se detuvieron. Cielo fosforescente. Ella, bastante repuesta, le sirvió whisky, ¿Algún problema? No sé si resistiré la próxima vez. Ya veremos, lo besó en la mejilla. Por lo pronto, salud mi amor, por que sigas tan sexy. Y tú tan endiablada.

Ytsé

No se conocían. Fueron los uniformes vistosos, el olor a gasolina, la adicción al ruido y al humo lo que los hizo coincidir en la barra del Café Marimba aquel verano de Dios del que no quisiera acordarme. Eran motociclistas.

La familia de Andrés se había enriquecido vendiendo manzanas para cerdos al horno. El padre de Álvaro ejercía de enterrador. Merx era extraterrestre y Raúl estaba decidido a mantenerse virgen el resto de su vida. Se oía una balada rock de las más horribles. Bebían whisky y hablaban de motos, llantas, bujías, lubricantes, rutas, climas, curvas y asuntos personales, cuando ella apareció.

Cuatro corazones taquicardia.

Yorch, sírvenos por favor, exigió Álvaro, quien bebía whisky on the rocks y era el más ansioso.

Ella era de Cabizbajia, ustedes se han de acordar.

Les echó una media mirada de la cintura para arriba, otra media de la cintura para abajo y siguió como si la brisa.

Raúl, para evitar tentaciones, pensó en abandonar el lugar. Andrés tuvo una erección inmediata. A Merx le faltaba un brazo y supo que eso sería determinante. Álvaro apuró su trago y pidió el siguiente.

Ella tenía una cita con una amiga norka instalada muy cerca de ellos, que continuaban conmocionados, pensando qué fácil es ser idiota en esta vida.

Les concedió dos medias miradas más y por poco enloquecen.

Nada ocurrió mientras la recién llegada y su amiga conversaban. Salvo el silencio de la sangre ardiendo.

Cuando ella fue al baño supieron que el destino que los acababa de unir también los acababa de separar.

Merx quedó eliminado por cuestiones raciales.

Raúl, muy confundido, propuso juegos para que de ahí surgiera el afortunado. Lo excluyeron aduciendo la importancia de ser firme en los propósitos y que el suyo era muy particular, que demostraba lo grande que era.

Merx, muy excitado, exigió competir, pero fue en vano.

Raúl abrió su computadora y compartió la información sobre Cabizbajia: gente peligrosa, pendenciera y muy hermosa. La base de su economía es el comercio de órganos con otros planetas.

Andrés y Álvaro intentaron convencerse mutuamente de desistir. Inútil. Merx, lleno de tristeza, se apartó; otra cosa sería si estuvieran en su planeta.

Álvaro y Andrés decidieron jugarse el liderazgo en lo que mejor sabían hacer: correr motos. Dos vueltas al circuito serían suficientes y allá fueron. Las ducati a punto. Raúl sería el juez.

Una hora después regresaron: uno exultante, el otro realmente derrotado.

Cuando llegaban, Merx salía con la chica llevándola de la cintura con su único brazo.

Protestaron, hey, hey, ¿qué te pasa imbécil? No tienes derecho.

Ytsé, expresó ella con tanta energía y ojos menos bellos que flamígeros, que dejó sus oídos vibrando. Ave María purísima.

Merx, mirando al frente, con ese porte abusivo de los triunfadores, la condujo con señorío.

Entonces, qué remedio, despejaron, más valía llevar la fiesta en paz.

Una hora después la amiga, cuyo país acababa de salir de una guerra, abandonó el lugar con un gesto de ahí se ven. Pronto escucharon la explosión de una nave que se largaba.

Aguardaron.

No resistieron y fueron por Merx. Lo encontraron sin brazos, sin piernas y sin un par de órganos internos; pero con una sonrisa que los motivó a dejarlo así, para no afectarla.

La secta de Gutenberg

Soy cualquiera, murmuró, alguien que no cuida demasiado de sí mismo. Calló, se rascó una mejilla. ¿Quieren un servicio? Paguen, y en el tiempo justo les resuelvo el problema. Si su deseo es quitarse esa basura del ojo, esa verruguita de la espalda o la muela del juicio, están ante la persona indicada, ¿me lo prometen?

La mujer y el hombre se miraron. Se encontraban en el bar más banal que habían visitado en su vida, ante un anciano que bebía café y al que no le temblaban las manos. Dos meses les había costado conseguir la reunión por los medios más impredecibles, y una vez allí no sabían qué hacer.

Veo que dudan, entiendo y no me doy por ofendido, ¿me lo prometen?, farfulló el anciano, dejando el importe de sus consumiciones y poniéndose de pie. Delgado. Estatura regular. Mirada firme.

Por favor, no se vaya, suplicó la mujer, es que.

Nada, masculló el anciano bajando un poco la cabeza, es de humanos dudar y somos suficientes en este oficio; en menos que lo piensan conseguirán quién les haga el trabajo, ¿me lo prometen?

No pensamos que fuera tan grande, justificó el hombre, por eso nuestra duda. Hizo una pausa. Sin embargo, usted es lo que es y según nos dijeron puede transformarse en lo que no es; ah, y por sus honorarios no se preocupe, puso un papel doblado sobre la mesa, vea el nombre del sujeto y nos dice si está resuelto; es nuestro deber informarle que un centenar de profesionales ha declinado la oferta.

El anciano se sentó. Desdobló el papel que ardió a los dos segundos. Estudió a sus interlocutores, no tenía la menor idea de quién era el indiciado, tomó su taza y aceptó el encargo afirmando con la cabeza entrecana, ¿Quién es?

Una semana después se celebraría el Sexto Congreso Mundial de Nolectores y el viejo tomó sus providencias. Mientras procedía, se enteró de que el tiraje de ejemplares se había reducido dramáticamente y que la mitad de las imprentas del mundo había cerrado. Por primera vez puso atención a las conversaciones de los lectores de libros: Me cago en la leche, decía uno de Pérez-Reverte, coño, esto no puede continuar, necesito leer, oler el puto papel, impregnarme del aroma a tinta. A mí me gusta leer en el baño, decía uno de David Toscana, contemplar la portada, ver la foto del autor. Es una infidencia insoportable, remataba, una de Rosa Beltrán.

¿Y los grandes tirajes de la Biblia, el *Libro rojo* o *Cien años de soledad*? Una entelequia. Cosa del pasado.

En la inauguración del Congreso, un lector del poeta palestino Mahmud Darwish, explotó muy cerca del carismático líder despedazando a 18 nolectores que fueron reemplazados automáticamente y todo continuó como si nada. ¿Para qué ocuparse de la muerte si lo que importa es la vida? Ese punto se exagera en infinidad de libros que muy pronto desaparecerán, comentó una mujer de alborotada cabellera. Poco después un lector de Heriberto Yépez le disparó, pero como se hallaba tras un cristal especial de protección allí se estrelló la bala. Uno de Gonzalo Celorio sacó su pequeña cantimplora y bebió para menguar su desconsuelo.

El viejo observó cómo la muchedumbre despedazaba al francotirador, y permaneció ensimismado: no pensé que fueran tantos. En su hotel supo que estaba ante el caso de su vida. De los pasillos le llegaban conversaciones alborozadas de nolectores que celebraban la invulnerabilidad de su cabecilla y que tal vez reanudarían la inspiradora práctica de incinerar libros. Acabemos con esos depósitos de hongos, de polvo y porquería, gritaban, acabemos con ellos de una vez por todas, con esos nidos de termitas y telarañas. Esa voz entusiasta surgía de la habitación contigua. Lo haremos *sensei*, respondían de los pasillos. Terminemos con esas enloquecedoras ficciones que sólo sirven para idiotizar, añadió. El viejo jamás había sido lector pero sabía que era una buena costumbre, cuando menos eso decía su abuela, quien había sido novia de Jorge Humberto Chávez, antes de conocer a Juan José Rodríguez, y le había regalado el único libro que leyó en su vida.

No durmió. La tele comunicaba constantemente que además de lo informado, habían fracasado dos atentados más: uno de una lectora de Álvaro Uribe, con una navaja sin filo, y otro de una de Enrique Serna, quien le quiso cortar una

pierna. Lectores de Mónica Lavín, Cristina Rivera Garza y Claudia Guillén habían sido apresados. Reportaban también el merecido deceso de lectores de Eduardo Antonio Parra, Daniel Sada y Alfonso Orejel.

A partir de esa noche, el viejo se despabiló. Se dio a la tarea de estudiar al personaje cuya vida era del dominio público; no se asombró al descubrir que era de familia de adalides, enfermizo en la niñez, conversador compulsivo, adicto a los carbohidratos, hábil cibernauta y amante de varias series de televisión. A pesar de la sonrisa, sus fotos expresaban una profunda inconsecuencia, una mentalidad cerrada y peligrosa. Partiendo de ese rasgo elaboró su plan. Por momentos veía los noticiarios para enterarse de cómo caían lectores de escritores que habían hecho las delicias de miles de personas; y continuaba el exterminio. Se preocupó porque tomó partido; no era sano y tenía que evitarlo: hay profesiones en que se debe actuar sin compromisos y de éstas era la suya.

El día de la clausura del congreso amaneció aterrado: confiaba más en el plan B que en el A.

Quemarán libros, le dijo el Sentido Común.

Será imposible, susurró el Sentido Contrario.

Cuenta conmigo, farfulló el Sexto Sentido.

Diga algo a las drogas, sonrió el Sinsentido.

Esa mañana apareció con veinte años de más y pudo ver de cerca las piras de ejemplares divididos por premios: los Nobel en una grande que no paraba de humear; los Cervantes, los Pulitzer, los Goncourt, los Booker, los FIL y demás eran una alta llamarada. Observó de soslayo el gozo del guía máximo y los aplausos de sus correligionarios. Supo que debía sonreír y lo hizo con dulzura. Cuando el viento se llevaba las cenizas, escuchó que habría un coctel pero el hombre que repartía las invitaciones lo ignoró.

En su habitación, por la tele, supo que sus contactos habían muerto en un terrible accidente. Enfocaron sus caras ensangrentadas y sus cuerpos despedazados. Resultaba evidente que los habían descubierto. Reflexionó: sólo el compromiso real y profundo me dará fuerzas para llegar hasta el final, pero ¿cómo? No era una guerra fratricida o por asuntos económicos; era una guerra que él, la verdad de las cosas, no terminaba de entender.

Cuando casi perdía la esperanza descubrió que su vecino asistiría al coctel.

Lo escuchó cantar eufórico en la regadera. Abrió la puerta con una tarjeta y lo encontró desnudo. Joven y fuerte. Hemos librado al mundo de su imagen superflua, exclamó, Ahora todo será real y lujoso. Un tiro en la frente y punto.

Tomó su ropa distintiva que además ocultaba un chip que permitía aproximarse al líder.

Al anoecer era un muchacho entusiasta que se movía con propiedad en una fiesta para los más recalcitrantes.

El cabecilla apareció puntual con sus guardias y fieles más fervientes. El congreso había sido un éxito y pronto el mundo estaría libre de esa plaga, y las bibliotecas destruidas. No habría más pérdidas en programas culturales para convencer a unos cuantos de una actividad tan inútil. Sus aditamentos protectores le daban un aire de muñeco electrónico pero su sonrisa era verdadera: estaba feliz.

Repartió bendiciones y palabras de aliento a cada uno de los *sensei* que le besaban la túnica o los brazos; cuando le tocó a él, comprobó que nada lo mataría. Aun así:

Permítame besarle los pies, gran *sensei*, rogó con voz extasiada y mirada convencida. El líder se quedó quieto, consultó con un gesto a los más cercanos que aprobaron con un murmullo. Él se prosternó hasta sus finos zapatos de piel. Plan. En su boca portaba la única arma que podía utilizar. B. Con sus dientes introdujo una pequeña aguja con un virus letal que apenas penetró uno de los dedos.

Medio se incorporó alucinado. Lo había logrado. Los numerosos guardias lo vieron con envidia. Se retiró lánguido, recordando a su abuela y a *La guerra de los mundos*, de H.G. Wells, su única lectura.

Treinta minutos después, mientras el líder se declaraba indispuerto, se ponía pálido y exigía que lo llevaran a sus habitaciones, él volvía a ser anciano y se alejaba despacio; sin embargo, y eso lo comprendió desde antes, a los 66 minutos empezó la cacería, justo cuando él aguardaba en una sala del aeropuerto.

En la tele vio su foto de joven, el video del muchacho prosternado, el zapato pinchado y, justo en el momento del llamado a abordar, el retrato del viejo transformista con una larga ficha. Lo habían desenmascarado demasiado pronto. Claro, comprometerse siempre traía consecuencias.

En el avión, entre un lector de Dan Brown y otro de Lobo Antunes, se sintió protegido. Sin embargo, le llevó siete horas salir del aeropuerto, convertido en chica. Ciertas transformaciones le costaban.

Optó por Venecia para último reducto, pero recién al llegar advirtió que se había equivocado. No era la ciudad de antes, donde los fugitivos podían vivir con normalidad. Por 27 horas le pisaron los talones antes de acorralarlo en la

Punta de la Aduana, frente a la basílica de Santa María de la Salud. Sin fuerzas y nervioso, no se pudo transformar. Miles de nolectores lo acosaban por cielo, mar, tierra y recuerdos. Sus ojos fieros presagiaban lo peor. No es cierto que hierba mala nunca muera.

Cuando lo rodearon dentro de la basílica el viejo permaneció quieto, reflexivo, dubitativo. ¿Convertirse en santo? No era mala idea. Los nolectores desconfiaron y extremaron precauciones: lo querían vivo. Le gritaron que se entregara, que respetarían su vida. Por qué me buscan, no he cometido ningún delito, ¿me lo prometen?, gritó para ganar tiempo. Sabes que sí, maldito criminal, y con ese tic de la promesa no puedes ser otro, así que date preso miserable. Asesino, hashsh ashin, assassino, Mörder, killer, meurtrier, zabojca, katil, ucigas, vrah, proferían. Pero él no los escuchaba, a pesar de que lo habían arrinconado; en ese momento sólo tenía oídos para una voz sin nombre, extraña y verdadera, que le decía que sólo había tres formas de salvarlo, que velozmente eligiera entre novela, poema o cuento. Y el viejo eligió.

Fiesta

Sonó el teléfono y supo que la iban a matar, confirmó Arturo Pérez-Reverte con un gesto enigmático. Llegaron los cadáveres a las tres de la tarde, comentó Daniel Sada, mientras probaba la ensalada de nopales. Nada como matar un hombre, señaló Eduardo Antonio Parra, encendiendo un cigarrillo. Es otro pedo, afirmó el Feroz y bebió firme de su cerveza. Matar a una persona es fácil, lo difícil es librarse del cuerpo, aclaró Rubem Fonseca, sin perder de vista a las chicas. El comportamiento de un cadáver en el mar es imprevisible, agregó Juan Marsé, con un mojito y sentándose al lado de Rubem. ¿Has leído *El padrino*? Juan José Rodríguez se dirigió a la persona de su derecha. Mucho antes de llegar aquí vivía yo sintiendo que alguien iba contando nuestros actos, farfulló Mario González Suárez, con el aspecto de haber salido de una fotografía. Hace tiempo que nadie me llama por mi nombre, Ariel Noriega se sirvió más agua. No, compadre, aguántese. Usted puede. Si ya aguantamos lo más duro, lo animó Alfonso Orejel, echando sacarina a su café. Haz de cuenta que..., precisó Elizabeth Moreno, dueña del momento. En el 467 de la calle Degollado hay un consultorio médico, informó David Toscana y apagó el celular. Aquí se cuenta la vida de un hombre que solía despertarse casi siempre en un lugar diferente del que originalmente había elegido para dormir, explicó Paco Ignacio Taibo II, con su coca y el cigarrillo ciento dos. Llega el silencio envuelto en arco iris, dijo Jorge Humberto Chávez, descorchando la tercera botella. Yo era a la sazón un hombre adinerado, aseveró Francisco Hinojosa con una sonrisa propia y empinando su caballito. Las noches de luna espantan mi sueño, confesó Sergio González Rodríguez, y aclaró por qué le había llamado la atención el cielo. ¿Le sirvo un poco de vino, joven?, ofreció Álvaro Uribe, tan querido por todos. César López Cuadras, quien se encontraba cerca, acotó: Te la voy a contar

nomás para que no estés jodiendo. ¿Cómo se convierte uno en fotógrafo de locos?, inquirió Cristina Rivera Garza, tomando un canapé de ciruela. La primera vez que vio al periodista le calculó veinte años, confió Martín Solares impaciente. Soñé que era Jesucristo y la besaba a usted, susurró Luis Humberto Crosthwaite, con su whisky de malta a medio consumir. La violación comienza con la mirada, deslizó Ana Clavel, sin mirar a nadie en especial. Le gustó que le tocara el cuarto 33, farfulló Juan Villoro con una sonrisa. La última realidad es el deseo, apoyó Alberto Ruy Sánchez, sonriendo también. Nos asomábamos por la ventana ya muy entrada la noche, confesó Federico Campbell, quien bebió los restos de su café irlandés y pidió otro. No traer dinero es como andar sin aretes, aseguró Rosina Conde, convencida. No te perdono que no trajeras a Mabel, le recriminó Leonor. Una luz intensa y joven nace desde arriba, puntualizó Mario Mendoza, señalando las estrellas. Como lo han sido las armas para cazar, las herramientas para cocinar, Ricardo Raphael bebió largo, la ciudadanía también es una creación de la inteligencia humana, añadió y se limpió el sudor de su calva. Para empezar, déjame aclararte tres cosas, Antonio Orlando Rodríguez se concentró. La verdad, no hay que olvidarlo, es una construcción social, remató Luis Astorga y tomó un trago de Pacífico. Me contaba mi padre, y esto puede aclarar el punto, intervino Kijano, nuestro anfitrión, con una olla de caldillo duranguense en sus manos. Te juro que no me gusta matar, aclaró Aleyda Rojo, es más, odio la violencia. Fernando del Paso explicaba: La ciencia de la medicina fue un fantasma que habitó, toda la vida, en el corazón de. No lo van a creer, dirán que soy un tonto, interrumpió José Emilio Pacheco, que esa noche iba de traje y con mayor simpatía. Despertar, no es el tramo favorito de mi jornada, expuso Norma Lazo, quien llegó del gimnasio y se sentó con Cristina. ¡Basta de luz! ¡Basta de ruido! Jorge Volpi dejó de ser bajito por un momento. ¿Qué está sucediendo con mi vida? Lucero González se veía desconcertada. Te escribo con la certeza de que no tenemos tiempo, concretó Mónica Lavín con su vino e interesada en la tupida enredadera. Leonardo Da Jandra bebió su aguardiente antes de revelar: El 15 de enero de 1998, tres meses después del castigo del huracán Paulina. Con fecha miércoles 8 de marzo de 2000, acotó Santiago Roncagliolo y probó el caldillo. 2001 fue un mal año para Miki, deslizó José Ovejero, recién llegado de las playas de El Tambor. Tuve tres canarios, se llamaban Fe, Esperanza y Caridad, dijo Álvaro Enrigue encendiendo un nuevo cigarrillo. Las membranas se desgarran en cada bufido, corroboró Jorge Moch antes de hablar de perros y su alimentación. Corre el agua sobre la piedra blanca,

la piedra ocre, piedra caliza, calcárea y porosa, remató Hernán Lara Zavala, al concluir de explicar la palabra *contlapache*. Ignoro en qué momento caí de su gracia, Enrique Serna se hallaba consternado, bebiendo a sorbos, recordando a no sé quién. Quizás ustedes crean: la luz que se cuele es insoportable para mí, refirió José Agustín después de suavizar su circunstancia con una buena calada. Ésta es la noche que estaba esperando, manifestó Juan Carlos de Sancho, mientras les enseñaba a las mujeres cómo hacer penes con una servilleta. Agazapado, atento a cada uno de tus gestos y maneras, David Ojeda iba por el séptimo cielo y se hallaba feliz. Entra el narrador al espacio. Veckío hizo algunos visajes para llamar la atención. Arre, exclamó Ian con una sonrisa, sacando un par de notas de sus rodillas. No manches, Lya no aguantaba la risa y también se palmeaba las piernas. Transcurrirán treinta años y tendrán lugar, como es natural, innumerables catástrofes, vaticinó Abilio Estévez, cerrando la discusión sobre la nueva crisis financiera. Si el profesor José Moreno se vio involucrado en El proyecto, fue de un modo más bien voluntario, justificó Raúl Manríquez, saboreando el pato a la Kijano. Del Big Bend a tierras ejidales, en una barca agujereada, Rosario Sanmiguel sonrió, luego se sirvió postre. Renato Sandoval estaba más que contento: En el colmo del entusiasmo a mí mismo me perdí, manifestó a nuestro anfitrión y le dio un abrazo. Si la constelación indica el rumbo / hay que mirar arriba, invitó Eduardo Langagne, aceptando un poco más de ensalada. Sólo el silencio / como un ángel oscuro / te custodia, deslizó Rosy Palau; bebía con moderación. Te maté en tantos cuerpos, murmuró Fernando Pistilli, echando suertes con el olvido. Que esté, de preferencia, muy vestida, precisó Vicente Quirarte; mencionó otros despojamientos y brindó. Soñé que mi padre era un rincón de libros, describió Jesús Ramón Ibarra, quien bebía con estilo. La eternidad, es cierto, / ya no existe, decretó Jaime Labastida y más de uno experimentó un vacío. La tarde se hizo color de plomo, Anamari Gomís acarició al perro de Patricia, nuestra anfitriona. Se enamoró. De un hombre con mal tono muscular y bolsas debajo de los ojos, nos confió Rosa Beltrán para justificar el absurdo comportamiento de quien ya saben. Suele suceder, agregó Verónica Flores sin gran entusiasmo. No lo puedo creer. La última vez que hice esto tenía un sacerdote enfrente, exclamó Xavier Velasco, limpiando sus tenis rojos luego de una carrera. Luis Gómez afirmó antes de probar su trago: Cuando la prensa reportó su muerte no lejos de la línea fronteriza. Cuando murió papá, yo tenía la edad de Alicia, comentó Gonzalo Celorio, con su sonrisa de ojos pequeños. Hoy hace una semana que se llevaron preso a Pericles, susurró

Horacio Castellanos Moya, después de un trago largo. El jardín de la señora Murakami iba a ser desmantelado, soltó Mario Bellatin con una lágrima, pero nadie lo oyó. El calor es una plaga maligna, que lo invade todo, nos recordó Leonardo Padura. La naturaleza, amor, está llena de mensajes, convino Alicia Llarena, poniendo un toque de limón a su michelada. Rubén permaneció un poco más en el panteón, refirió Zenaida Moreno, antes de acabar su cerveza y servirse otra. De vez en cuando es bueno / un chapuzón de muerte, concilió Enrique Silva, que de ese tema sabe demasiado. No debería estar allí. Esconderse es malo, y lo que es malo es cosa del diablo, expuso Miguel Espinoza, con gesto misterioso. Nadie sabía, a ciencia cierta, cómo habían muerto los miembros del club filatélico, aclaró Heriberto Yépez, después de confesar que estaba a dieta. Aquí hay una novela. Lo único que falta es darle forma. Aseguró Antonio Sarabia, antes de partir a Lisboa. Kijano se acercó con los puros. Encendimos. Hace frío, ¿pero a quién le importa?, manifesté viendo a los que quedaban en la fiesta. El guerrerense hizo un gesto de que no había más de que hablar.

La decisión

NZ sembraba cannabis en la ribera del río Humaya, cerca de la ciudad. Un predio pequeño pero que le daba suficiente para vivir con desahogo. No exportaba, cubría el consumo local. Esa mañana abrió un agujero en la orilla para camuflar la motobomba que utilizaba para regar sus plantas. Cada día había más curiosos y no quería problemas. Silbaba el Himno Nacional. Desde la escuela primaria, que abandonó en tercero, era la canción que más le gustaba y cuidado que alguno de sus amigos o conocidos hiciera preguntas o comentarios. Delgado, correoso. Por sus pies planos no hizo el servicio militar, pero poseía la mejor puntería de la zona. Había matado hombres a cien metros y venados a doscientos.

Encajaba la pala a cierta hondura, cuando advirtió que había topado con algo diferente y suspendió su labor. A unos metros corría el río un poco turbio. Probó, maniobró, golpeó con delicadeza; luego sacó tierra y cascajo hasta avistar la boca de una olla de barro de regular tamaño. La desenterró. Se hallaba quebrada en un punto pero los trozos seguían en su sitio. Pesaba. Le sacudió el barro y la contempló. Encendió un cigarrillo y se sentó en un tronco de álamo sobre el que se hallaba recargado su rifle. Debe ser un tesoro. Monedas de oro o joyas. ¿Cuántas monedas tendrá? ¿Las puedo cambiar aquí o debo ir a otra ciudad? Y si son joyas, ¿las compran en el mismo lugar? ¿Será oro o plata? ¿Y si son piedras preciosas? ¿Cuánto conseguiré? ¿Será donde venden dólares? Encendió otro cigarro. Y luego, ¿qué sobrevendrá? Apenas le había dado tres caladas cuando lo tuvo que apagar porque detectó el sonido de un boludo. ¿Qué traen? Esos cabrones jamás andan por acá. Tomó el R-15 y se refugió bajo un sauce llorón. El helicóptero pasó por encima mientras NZ observaba la olla que no tuvo tiempo de proteger.

Fue cuando lo conocí.

Me atrapó la policía y me les pelé en el puente del Stase. Tenía cuentas pendientes, de esas que da la vida y el capitán Berrelleza jamás me las iba a perdonar. Por ejemplo: me robé a su hija del colegio de monjas donde estudiaba la prepa. Fuimos felices dos días porque luego el viejo nos encontró y me acusó de estupro y me refundió en el bote. En las que me vi para convencer a los violadores de que no era cierto, que era una calumnia del pinche carcamán. No me digan que le creen a ese miserable. Dos meses después estaba convencido de que mi vida libre había terminado cuando veintiún enmascarados rescataron a dos capos con los que me encontraba conversando muy quitado de la pena. No éramos amigos, así que entrando a Culichi me abrí, fui al Monfe y me la volví a robar. Tan linda, parece que me estaba esperando.

Al día siguiente me apañaron en el puente. Circulaba en mi carro. Estás detenido, ya sabes por qué, dijeron los polis con una sonrisita; sin embargo, antes de llegar a la patrulla me lancé al río. Quedaron atónitos en el barandal, seguro pensaron que si no me mataba en la caída de más o menos veinte metros me comerían los cocodrilos. Pero no, nadé en sentido contrario hasta donde NZ se agazapaba.

Salió de su escondite al ver que me ahogaba, que no podía alcanzar la orilla. Me sacó de los pelos. Permanecí acostado unos minutos hasta que se me pasaron los calambres. A unos trescientos metros se veía el puente. Los polis seguramente me buscarían enterrado en el lodo, en el que por poco quedo, o en las márgenes. Me incorporé. Compa, gracias, le debo una. Hizo un gesto de que no era nada. Se hallaba sentado en el tronco con el rifle entre las piernas y la olla al lado. Silbaba el Himno. ¿Eres buscador de tesoros? Más o menos. Vi la motobomba en el hoyo recién abierto. También eres agricultor. Y de los buenos, sonrió, me ofreció un cigarro y fumamos. Le agradecí de nuevo y caminé rengueando para alejarme del lugar. No debía seguir en la ciudad y me estaba largando. El viejo no se iba a calmar y no le daría el gusto de regresarme al penal de Aguaruto. Oiga, amigo. Me volví. NZ me alcanzó. ¿No le llama la atención el tesoro? Pues no, usted lo encontró y es suyo. Pantalones mojados ¿De qué huía? De la poli, me robé a la hija del jefe y me quiere marcando. No he abierto la olla, a lo mejor no trae nada. ¿Pesa? Más o menos. Entonces debe contener algo, si vive cerca escóndala, y no la reporte al gobierno, que en vez de darle las gracias le dará unos pesos para que compre una sogá y se ahorque.

Le ayudé a cargarla hasta una camioneta muy usada, estacionada al lado del

cultivo, que medía unos setenta centímetros de alto. Realmente pesaba. Compa, no se vaya sin que haya abierto esta madre. Dele, compa, no olvide que estoy huyendo. ¿No le despierta la ambición? La verdad no, en este momento me siento fuera del mundo, totalmente frustrado. Me ofreció otro cigarro. Nomás la abro y se va, es más, lo llevo, ¿a dónde va? A la carretera internacional; frente a la cervecería hay una parada de camiones foráneos, me tengo que perder. ¿Y cree que no van a revisar los camiones los polis? Es una exageración, pero puede suceder. No se desespere, se volvió al río, Vea cómo no lo siguieron, a lo mejor lo dan por muerto. Era verdad. En tal caso, adelante, abra el tesoro. Aquí fue donde me dijo su nombre y yo le di el mío. Colocó el rifle, que no había soltado, sobre la caja y observó la olla. ¿Usted es rico? Se puede decir, mi padre es dueño de una distribuidora automotriz. Entonces está forrado. Silencio. Por primera vez voy a ser rico, ¿sabe dónde puedo hacer el cambio? Primero tiene que saber qué hay; si es como dicen, tiene que ir a una joyería. ¿Conoce alguna? Varias, abra su olla y veremos. ¿Sabe qué me gustaría? Gastar el dinero poco a poco. Es una buena idea, también puede invertir. Fumó, ¿Y eso cómo se hace? Una vez que tenga el dinero va a un banco y pregunta por los planes; por ejemplo, si invierte usted un millón, de seguro le da intereses para vivir unos días. ¿Como cuantos? No sé, depende de lo que gaste diario, si tiene mujer, hijos, paga renta, luz, agua, teléfono. Por lo que veo no es fácil vivir como rico. Bueno, también irá a fiestas con los amigos, comprará otra camioneta y gastará con libertad. No me gusta gastar, aquí con mi siembrita no me falta nada, pero no dejo que se note, luego viene la poli haciendo preguntas y pidiendo su parte. Y les paga. Nunca ¿Jamás ha pagado protección? En mi vida. ¿Cuántos años hace que siembra? Quince entrados a dieciséis. De veras que tiene suerte. Me encontraba desesperado, pero NZ me había salvado la vida y no era poco.

Se acercó a la olla, la miró, le pasó la mano para quitarle el polvo, se detuvo en la rotura, vio la boca sellada con argamasa. Aquí le pegué, señaló una marca, y yo deseando que la abriera para largarme a Tijuana o lo más lejos que pudiera. Le avisaría a mi niña. Ya ella vería si me seguía o no. Con ese padre no sería sencillo, pero el amor es el amor. Ni modo de esperar unos días y rescatarla del colegio. Iba a estar atascado de polis.

¿Usted nunca ha abierto una olla de éstas? No, tenga cuidado, he oído que desprenden gases venenosos. Aunque tal vez se hayan escapado por esa rotura. ¿Usted qué hace?, si se puede saber. Voy a la universidad, estudio literatura. No parece. ¿No? Nunca he podido tratar con estudiantes, siempre que me compran

yerba tratan de chingarme, quieren de la especial y pagar por la más barata. Hay de todo. No es eso, usted tiene algo: una madurez; por ejemplo, lo están persiguiendo y no teme quedarse un ratito conmigo, encendió otro cigarrillo, ¿Quiere un gallo? A mí la mota no me gusta, pero si quiere, la mía es la mejor. Ahora no, tengo que estar alerta. Le provoca sueño. Un poco, sí. Guardó silencio, silbó el Himno Nacional de una manera especial. Estuve a punto de preguntarle por qué lo hacía pero en mi desesperación elegí callar. Escuchamos el ulular de los bomberos que iban a rescatarme y divisamos el helicóptero que volaba por el rumbo de la carretera.

¿Por qué no abre la olla? Endureció el rostro y tomó el rifle. ¿Le molesta acompañarme? Nada de eso, sólo que no es normal que se tarde en ver lo que encontró. No me diga, ¿y es normal que usted se robe a su novia del colegio? Escogí la peor ruta para animarlo. ¿Es normal que lo detengan en un puente y se tire? No se ofenda, NZ, pero lo normal sería que usted quisiera salir de dudas, abrir la olla y ver qué le ha deparado el destino. Se tranquilizó. No me gusta que me apuren. Perdón, su mirada era ardiente, su rostro seco. No es fácil admitir que eres rico en tan poco tiempo. ¿Nunca pensó en ser rico? Ni de chiste. Pues le llegó la hora. ¿No estoy muy joven para eso? Es que los ricos que conozco son mayores, bueno, y ahora usted. No sé preocupe, hay ricos que son ricos desde que nacen y nadie les reclama. No me diga. Como lo oye, así que no se mortifique, destape su olla y lo que sea su suerte. Sabía que sembrar mota me iba a acarrear algo malo pero no esto, ¿se le antoja un chacaleño? Guardo un poco por ahí. Fue a la cabina de la camioneta y bajó un litro de aguardiente a la mitad. Me lo ofreció. Lo probé y se lo devolví; se echó un largo trago. ¿Si son monedas, aceptaría la mitad? Cómo cree, son tuyas, usted las encontró y usted debe disfrutarlas. Bueno, pero una de regalo sí se la lleva, ¿no? Claro, de recuerdo. Fumó largo ¿Qué se siente ser rico? Agradable, desde ahora sus preocupaciones serán otras. Porque no lo siento, hay algo que quiere entrar en mi cabeza pero no lo dejo, no me gusta sentir cosas que no he sentido. Pero ser rico no es malo, además usted se ha encontrado un tesoro, es distinto a asaltar un banco o despojar a una viuda. ¿Usted despojaría a una viuda? Jamás. Yo tampoco, mi mujer me lo echaría en cara toda la vida. Yo estoy muy enamorado de quien ya sabe. ¿Se la va a robar de nuevo? Es lo más probable. Si necesita ayuda sólo tiene que decirlo. Por lo pronto no, debe estar muy vigilada; cuando me apañaron hacía media hora que el capitán Berrelleza me la había quitado, la debe tener en su casa y será difícil entrar. Éste no se raja, acarició el rifle.

Escuchamos voces provenientes del río. Eran pescadores caminando por la orilla, criticando al equipo de futbol de la ciudad. NZ no se inmutó. Siempre pasan y a usted no lo buscarán por acá, nadó contra la corriente. Tenía razón, pero no era suficiente.

¿Sabe qué?, le regalo la olla. ¿Se han quedado estupefactos? Patidifusos, diría mi reina. Pues igual yo. Cómo cree, ¿por qué teme abrirla? Puede dejarla caer o pegarle un tiro, ya está rota. ¿De veras no quiere un toque? Sé que a veces se necesita y a lo mejor usted no es de alcohol, apenas probó el chacaleño. Se empinó la botella. Si me agarra el capitán Berrelleza me acusará no sólo de lo que se le ocurra por llevarme a su hija, sino de traficante y es algo que no le gustaría ni a mis padres ni a mi chiquita. ¿Berrelleza, uno alto, gordo y pelón? ¿Lo conoce? Es mi cliente, ayer se llevó un kilo de colas, dizque para una fiesta; le gusta la verde, dice que se pone bien loco. No imaginé que fuera vicioso. Pero si es bien grifo, ha sido mi cliente por años y para que no me friegue porque silbo el Himno, siempre le hago descuento. ¿No le gusta cómo lo silba? Dice que es delito y que, si no hiciera un servicio a la sociedad, desde cuándo que me hubiera entambado. No lo dudo ni tantito. Callamos, cada vez me costaba más controlar mi ansiedad. ¿Por qué no quiere la olla? Porque es suya, usted la encontró y usted la debe aprovechar; olvídense de seguir exponiéndose con este sembrado, y de los estudiantes que tratan de fregarlo. Pero yo se la quiero regalar. Tomé la botella y le jalé. Quemaba. No puedo aceptar, ¿por qué no me cuenta? Usted debe tener una razón poderosa para no quererla, para no animarse a abrirla. El dinero es como el amor, se nota, y no quiero a su suegro encima: es un hijo de la chingada. Dígamelo a mí que me quiere muerto. Enmudecidos, fumando, por el río se deslizaba una lancha llena de mujeres que chillaban divertidas. Tenía que largarme, si Berrelleza era su cliente podría aparecer en cualquier momento, sobre todo ahora que había transcurrido el tiempo y los bomberos no encontraban mi cadáver. Volvió a silbar el Himno. Entonces para usted soy poca cosa. ¿Qué?, ¿de dónde saca eso, NZ? Usted me rescató, me estaba ahogando, no puedo pensar eso de usted. Soy tan poca cosa que desprecia mi regalo: una pinche olla cerrada que a lo mejor está llena de oro. En mi nariz verificó que el rifle tuviera tiro montado; empecé a sudar. Claro, usted es rico y yo no soy más que un pobre pendejo que siembra un lotecito de mariguana para sobrevivir con cuatro hijos y una mujer tuberculosa. Vi cómo se iba transformando. Se bebió el resto del aguardiente, estrelló la botella y me miró con los ojos más diabólicos que he visto en mi vida. Todos los pinches ricos son

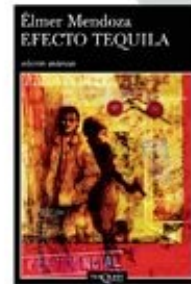
iguales. Está bien, acepto el regalo, pero con una condición. ¿Quién le dijo a usted que a caballo dado se le ve colmillo? Antes de llevarme la olla, quiero saber una cosa. ¿Ésa es su condición? Ésa, reflexionó unos segundos. No entiendo por qué todo mundo quiere saber por qué silbo el Himno Nacional, ¿no es bonito? Para mí es la mejor canción que he oído desde niño. Y muy su gusto; lo que a mí me intriga es otra cosa, y se lo hice saber.

Permaneció un par de minutos en silencio, fumando, meditando, mientras se me quemaban las habas. Hacía sol y nuestra ropa estaba casi seca.

Hace tres meses mi padre encontró una olla, más chica que ésta, y se suicidó. Un mes después mi hermano mayor halló un tesoro, se lo gastó en una borrachera de quince días y se ahorcó. La semana pasada enterramos a un primo que la semana antepasada había desenterrado una caja con monedas de oro. Fumó. Está cabrón, ¿no le parece? Me miró con esa frescura del hombre que se ha quitado un peso de encima, y aún agregó: Lo bueno es que ya no me va a deber nada. Tranquilamente silbó el Himno y yo, de todo corazón, deseé que aquello no se convirtiera en piedras, como dicen que luego pasa.

Latebra Joyce, junio de 2009.

Otros títulos de Élder Mendoza
en versión impresa y digital



Acerca del autor

ÉLMER MENDOZA (Culiacán, México, 1949) es catedrático de literatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Actualmente es miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, así como del Sistema Nacional de Creadores de Arte y de El Colegio de Sinaloa. Es un apasionado formador de novelistas y un comprometido promotor de la lectura.

De 1978 a 1995 publicó cinco volúmenes de cuentos y dos de crónicas y en 1999, su primera novela, *Un asesino solitario*, que de inmediato lo situó, a juicio del crítico mexicano Federico Campbell, como «el primer narrador que recoge con acierto el efecto de la cultura del narcotráfico en nuestro país». Con *El amante de Janis Joplin* obtuvo el XVII Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares y con *Efecto Tequila* fue finalista en 2005 del Premio Dashiell Hammett. En 2009 apareció su cuarta novela, *Cóbraselo caro*, y en 2008, *Balas de plata*, merecedora por unanimidad del III Premio Tusquets Editores de Novela, que lo consagró como escritor de primer fila en el panorama de la novela hispánica. Después de *La prueba del ácido*, publicada en 2010, y protagonizada por el detective Edgar «el Zurdo» Mendieta, *Nombre de perro* continúa esta saga. Élmer Mendoza vuelve a retratar una época y un país de la mano del singular detective que ha traspasado fronteras y es conocido ya en siete idiomas.

© 2009, Élmer Mendoza

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

© 2013, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. Piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570, México, D.F.

www.editorialplaneta.com.mx

www.tusquetseditores.com

1.^a edición: octubre de 2009

ISBN: 978-607-421-109-2

Primera edición en formato epub: octubre de 2013

ISBN: 978-607-421-509-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Libro convertido a eBook por:

TILDE TIPOGRÁFICA